

Minerva Gallofré

Sombrero de Brujo

Título: Sombrero de Brujo

2017, **Minerva Gallofré**

Ilustración de portada: **Minerva Gallofré**

1ª edición

ISBN: 978-84-946771-3-7

Editorial Tres Inviernos

Contacto: hola@editorialtresinviernos.com

Todos los derechos reservados

Para Fátima, por tejer victorias.

Para Juan Carlos, por anudarlas con fuerza.

*Para ambos por hilvanar deseos, por bordar sueños
y por trenzar en uno solo el hilo único de dos vidas.*

Escucha la banda sonora de esta novela entrando en:
www.editorialtresinviernos.com

O cómo se cose un sombrero de brujo

—Todos los brujos y todas las brujas de todos los tiempos y los lugares siempre han gustado de llevar un sombrero, como sabrás. Un sombrero alto, de ala ancha, acabado en una forma de pico que unas veces se tuerce hacia un lado y otras sigue recto hacia arriba. Pero no te vayas a pensar que se trata de un sombrero cualquiera hecho por encargo en una sombrerería de a pie. No, no. Coser sombreros de brujo es todo un oficio, todo un arte, porque cada sombrero escoge a su brujo, y no al contrario, como podrías creer. Quienes cosemos sombreros de brujo conocemos los secretos que hacen de esta una prenda mágica y dominamos la técnica desde tiempo inmemorial. A mí me la enseñó mi madre y a mi madre se la enseñó mi abuela. Y así, generación tras generación, todas y cada una de las Tejedoras hemos practicado este oficio. Igual que tu padre y tú, ¿cómo te llamabas?

—Béldar, señora —respondió un niño de mejillas redondeadas, con los labios manchados de miel, mientras terminaba de masticar—. Me llamo Béldar Estragón.

Detrás del mostrador de su tenderete, la Tejedora estaba sentada en la escalerilla que subía a su caravana, una caravana antigua pero fabricada con madera maciza, de muy buena calidad. Tenía cortinillas rojas sobre las ventanas y antaño debió lucir un alegre color verde, aunque ahora mostraba desconchones de pintura por varias partes, especialmente en el techo, que cada invierno gélido soportaba nevadas y más nevadas. Su dueña, al contrario de lo que se podría esperar, no llevaba sombrero alguno sobre la cabeza, solo un moño, como el resto de las madres. Varios tonos de amarillos diferentes surcaban sus cabellos, vertiendo sobre ellos el color de un mismo sol que se mira desde muchos horizontes distintos.

—Eso es, Béldar. Igual que tu padre te enseña a ti el oficio de panadero, yo he de enseñarle a mi hija el oficio de coser sombreros de brujo. ¿Qué edad tienes, Béldar?

—Diez eras, señora —contestó aquel, con la boca llena de nuevo. Una migaja de hojaldre se le escapó al hablar y cayó sobre un retal de rafia, aunque

esto a la Tejedora no le importó. Aquella seguía embebida en su trabajo, terminando de hacerle el respunte al ala de un sombrero de terciopelo gris perla.

—¡Oh, diez eras! —se sorprendió con una grata sonrisa. Luego, remató la costura y, cuando cortó el hilo, alzó los ojos para mirar de nuevo al niño, que todavía no había terminado de comerse aquel pastelillo pringoso—. Entonces, tienes más o menos la misma edad que mi pequeña Fádara. Ella cumplió once hace unas semanas.

Béldar asintió con la cabeza y también sonrió. Se le había quedado una piel de almendra pegada a los dientes, pero la Tejedora se enterneció al verlo así de sucio, así de feliz y despreocupado mientras su padre, el panadero del puesto de en frente, los observaba con un halo de recelo y comenzando a impacientarse, pues su hijo llevaba más de media hora en aquel otro tenderete, el de las Tejedoras, entre retales de colores, bobinas de hilo, agujas de hueso, alfileros y dedales de estaño. En nada se parecían a los panes y las empanadas que Béldar vendía con su familia.

Había caído la noche sobre el mercado. El aroma de la carne a la brasa se extinguía despacio porque había llegado ya el momento de tomar los postres y brindar. A solo unas calles de allí, pasando la Plaza del Portón, terminaban las cenas al aire libre y los bailes, se apagaban los farolillos, los músicos descansaban y las gentes regresaban a sus casas tras la fiesta del solsticio. El invierno tenue daba tregua a los habitantes de Bardana después de la estación de las nieves, así que uno podía quedarse afuera hasta muy tarde sin más abrigo que una camisa de sarga, aunque de manga larga, eso sí. La de Béldar era blanca, igual que la de su padre. Era el color sobre el que menos se acusaban las manchas de harina.

—¿Las telas y los hilos que utilizáis están embrujados, señora? —continuó Béldar, muerto de curiosidad, cuando la Tejedora cogió otro sombrero. Este era de color lila y necesitaba que lo frunciesen por un lado para dejar de parecer una berenjena.

—Por supuesto —dijo ella, sacando un par de agujas. Eligió la que tenía el ojo más pequeño y, después de enhebrarla, prosiguió—: Las compramos muy lejos, quedan pocos fabricantes buenos. Aunque hay que estudiar mucha magia para que funcionen, por eso solo son para brujos y brujas. Hay telas que los hacen invisibles por un rato, otras que los elevan en el aire, casi como si

pudieran volar. Algunas telas desprenden un olor apetecible para nosotros pero nauseabundo para los trolls. Incluso tengo una tela capaz de detener un rayo si es que les cae uno en la cabeza.

—¿En serio?

—Mira: ayer hice un sombrero con esa. Es para un mago que sabe invocar tormentas.

La Tejedora sacó un sombrero de la parte de abajo del tenderete. Era de color negro, sobrio y elegante, tal vez para un brujo de mucho prestigio, y se ajustaba con una banda de color azul oscuro que se abrochaba con una hebilla de plata a la que, seguro, se le había sacado brillo ese mismo día. Los ojos castaños de Bédar destellaron al mirarlo solo de pensar en la cantidad de cualidades mágicas que aquel sombrero podría tener sobre su cabeza... si supiera magia. Pero justo cuando alargó una de sus manos pegajosas para tocarlo, una araña de cuerpo pequeño y patas muy largas surgió del interior y le picó en un dedo.

—¡Au! —exclamó, retirando la mano en seguida. Lo que quedaba del pastelillo se le cayó al suelo y se rebozó con paja y tierra. Ya no se podía comer.

—¡No hagas eso! —dijo la Tejedora mirando a un punto fijo en el sombrero. Pero, ¿con quién demonios hablaba?—. Solo es un niño, no te pongas así.

La Tejedora había fruncido el entrecejo mientras discutía con aquella araña de patas finas como bigotes de gato. Bédar las observaba, absorto, cuando descubrió que la araña movía una de sus extremidades con aires de protesta, como si estuviese levantando un brazo mientras lo señalaba a él.

—Ya sé que es el sombrero del catedrático Rocaliquen, pero Bédar no está haciendo nada malo, exagerada...

Mientras la Tejedora seguía discrepando con la araña, Bédar se limpió las manos en el delantal. En verdad las tenía muy sucias. Su padre, a unos pasos de allí, había comenzado a guardar las hogazas de pan. Las envolvía en mantas para que no se secasen y luego las metía en un arcón de madera. Sí, Bédar lo sabía bien. Desde que tenía uso de razón, sabía cómo se trabajaba en la tahona. Por eso mismo, fingió no darse cuenta de que su padre necesitaba ayuda: los sombreros de brujo, la magia y las telas conjuradas le interesaban muchísimo más.

—Buenas noches, Lírca —saludó alguien de pronto a la Tejedora. Era un hombre alto, esbelto, lampiño a pesar de tener la edad de un catedrático de

magia. Así lo indicaba la insignia de oro con que se cerraba la capa por encima del pecho, una capa de color azul oscuro como la banda del sombrero que Lírca había puesto sobre el mostrador, ese sombrero que era capaz de parar rayos. El hombre le rindió una ligera reverencia y la Tejedora procuró corresponderle con el mismo respeto.

–Profesor Rocaliquen, siempre es un placer volver a veros –le contestó ella.

–Os ruego me disculpéis por el retraso, es que hemos tenido mucho trabajo en la universidad, ya sabéis: alumnos que necesitan entrar, alumnos que necesitan salir, exámenes y más exámenes...

–No tenéis por qué disculparos. No pensaba marcharme hasta que vinieseis por él.

Lírca le sonrió, comprensiva. Siempre lo era con sus clientes. Ella sí parecía una bruja de las buenas, pensaba Bédar cuando la miraba. Luego, la Tejedora alzó el sombrero negro en sus manos para que aquel mago pudiese observarlo mejor bajo la luz de un farol. Los acabados eran delicados, pulcros, perfectos. En efecto, venían de unos dedos avezados al arte de la aguja. Los dedos de una Tejedora.

–¡Por la cátedra de mi bisabuelo! –exclamó aquel, boquiabierto–. Esta vez os habéis superado, Lírca.

Casi ni se atrevía a tocar el sombrero. Su sombrero.

–Lo he reparado por completo. Mirad el forro del interior: se quedó calcinado después de que aquel relámpago os cayese encima.

–¡Oh, no me lo recordéis! El dolor de cabeza me duró toda una semana.

–Ya me imagino, es lo que tienen las tormentas...

Mientras Lírca continuaba dando cuenta de todos los ajustes que le había hecho al sombrero de aquel brujo distinguido, Bédar se abstraigo y perdió sus ojos en el tenderete de la Tejedora. La araña de patas largas se paseaba tranquila por encima de algunos rollos de tela. Pero no era la única que había allí. Otras dos arañas rondaban el costurero de Lírca, cogiendo con sus finos brazos cada uno de los alfileres que había dispersos para devolverlos al alfilerero. Estaban empezando a recoger.

–...todas sus hermanas mayores ya están en la universidad –explicaba el catedrático.

–Bueno, pero Góldork es pequeño todavía –le respondía Lírca.

—Su madre lo mimaba demasiado. Yo a su edad ya sabía convertir a las ranas en piedras.

—No seáis tan duro con él. Vuestro hijo se convertirá en un gran brujo como vos.

Béldar supuso que el profesor Rocaliquen hablaba de sus hijos. Hijos que habrían heredado, seguro, el talento de su padre para la magia. Hijos que se habrían criado entre brujos y brujas. ¡Qué envidia le dio!

Lírica y su cliente continuaron hablando un rato más mientras las tres arañas seguían poniéndolo todo en su sitio. Todo cuanto podían sostener entre sus patitas, claro, como agujas, dedales o monedillas de hierro que la Tejedora se había olvidado de guardar. A Béldar le daba la sensación de que a veces se giraban a mirar a Lírica y le decían “Venga, se hace tarde”. Pero supuso que eso solo ocurría en su imaginación. De pronto cayó en la cuenta de que la caravana de las Tejedoras parecía demasiado pequeña como para albergar tantos trastos. ¿Cómo era posible que Lírica pudiese meter allí dentro todos los rollos de tela, los retales, las tablas del tenderete y a sí misma para dormir? El niño miró hacia la puerta de la caravana, con timidez, a sabiendas de que estaba fisgoneando donde no debía. No parecía aquella una caravana normal. En su interior se extendían pasillos, había tabiques y vigas, como si se tratase de una casa. Una buena casa, además.

Una araña se le puso encima de la nariz y Béldar dio un respingo. Se preguntó cuál de todas era, pues él veía a las tres arañas exactamente iguales. No parecía querer picarle otra vez, sino solo recordarle que no era de buena educación asomarse a las casas de otros sin haber sido invitado.

—¡Béldar! —lo llamó su padre de pronto—. ¡Béldar, vámonos!

Fárik Estragón, el padre de Béldar, ya había recogido toda su mercancía y había armado el carro para regresar a la tahona. Era un hombre rechoncho y no muy alto, con el pelo abundante y cerrado, del color del cacao, como su hijo. Y cuando algo le molestaba, la cara se le ponía roja, como en ese preciso instante.

—Béldar, cielo —le dijo Lírica, con mucha más amabilidad—, creo que tu padre te necesita.

El profesor Rocaliquen se marchaba de allí con su sombrero de brujo nuevo sobre la cabeza. Había pagado generosamente a Lírica y en ese instante

las arañas guardaban el dinero en un cofrecito de latón, contando cada moneda una por una.

—Sí, ya lo sé: es hora de recoger —le decía la Tejedora a una de las tres arañas—. Pero el catedrático Rocaliquen es un cliente muy importante. Su familia siempre nos ha comprado todos los sombreros.

Béldar, una vez más, se quedó ensimismado al pensar que existían familias enteras de brujos. Brujos como los que iban a la universidad de Lárzodak, junto a la cual se encontraba desde hacía más de cien eras la tahona de su familia.

—Dejad que os ayude, señora —propuso mientras cogía unas cestas de mimbre llenas de paquetes de hebillas y botones. Justo cuando las movió de donde estaban, un objeto pesado se cayó al suelo: era un libro con las tapas de cuero, muy muy viejo.

—No te preocupes, Béldar. Ese libro no es nuestro.

Lírica lo recogió y le sacudió una de las tapas, que se había manchado de tierra.

—Se lo debió de olvidar algún estudiante el día que vino a comprarse el sombrero. Desde entonces lo llevo siempre conmigo por si aparece de nuevo para reclamarlo. Pero, ¿sabes qué? Hace de eso ya más de trece lunas. Creo que el estudiante no va a venir por él. ¿Quieres quedártelo, Béldar?

—¿Habláis en serio, señora? ¿Un libro de magia para mí?

Lírica se lo entregó, despacio. Todos sus gestos eran suaves, como si las manos no le pesaran más que el aire.

—Quédatelo. Seguro que le sacas más partido que yo.

Béldar ojeó la tapa del libro mientras la acariciaba con la yema de su dedo índice. *Hechizos menores para transformaciones sencillas por Dúrik Dragonius*, rezaba el título escrito con tinta de oro.

—¿Será posible? —bramó Fárik, irrumpiendo en sus pensamientos—. ¡Béldar! ¿Quieres dejar ya esos trapos?

—¿Trapos? ¿Cómo os atrevéis? —le respondió Lírica, ofendida—. Decir que mis sombreros son trapos es como decir que vuestros pasteles son comida de cerdos.

Fárik se puso todavía más rojo, pues sus pasteles eran la mejor de sus creaciones, conocidos por toda Lárzodak y más allá, deseados y encargados por todos los grandes señores, incluso por los reyes.

—¿Comida de cerdos? —exclamó. Estaba realmente indignado, mas un silencio peligroso secundó a sus palabras. Su ácida lengua tramaba alguna respuesta devastadora, seguro—: Vos misma querriáis ser un cerdo si mis pasteles fueran la comida de estos.

Lírca, que no daba crédito a sus oídos, tan solo ahogó una exclamación mientras que Fárik sonreía con la barbilla erguida, arrogante y muy seguro de sí mismo. A él no le gustaban los brujos ni las brujas ni nada que tuviese que ver con ellos. Así que tampoco le gustaban las Tejedoras, por muy célebres que fueran. El resto de mercaderes se habían quedado callados y se habían acercado un poco más al lugar de la discusión, con disimulo. En cambio, Lírca no parecía ir a contestarle de nuevo. Ya tenía suficiente, no quería humillarse más ni alimentar los chismorreos del mercado.

—Béldar, cielo —le dijo al niño, que no sabía ni qué hacer—, ve con tu padre antes de que le salgan dos cabezas y eche fuego por la boca.

El hijo del panadero, abrazándose al libro de magia para que nadie se lo quitara, asintió. Musitó un tímido adiós a Lírca y se apartó del tenderete de las Tejedoras y de su caravana de colores mientras las arañas custodiaban el cofrecillo del dinero con un gesto desafiante. Fárik, por su parte, lo esperaba de brazos cruzados, mirándolo con reproche. Estaba un poco menos rojo.

—Y tú, ¿qué? —le espetó—. ¿Es que eres un desertor? ¿Qué basura es eso que llevas ahí?

¡Claro! ¡El libro de magia! A Fárik no le iba a gustar.

—Déjame ver: Hechizos menores para... ¿qué?

—Es un libro de magia —se defendió Béldar, tirando del libro—. Me lo ha dado ella.

Fárik arqueó una ceja y esbozó una mueca burlona. Béldar detestaba cuando lo hacía. Después, su padre levantó un dedo en señal de advertencia.

—Llévate cuidado con esas brujas y sus arañas. Hacen cosas muy raras. Mañana irás a la universidad a devolver ese libro.

—Pero no sabemos de quién es.

—¡Me da igual! Pues lo dejas en un rincón o se lo das al alguacil. Alguien se lo llevará, pero no tú. Tú vas a ser panadero, que te quede claro.

Béldar apretó los puños y miró al suelo. Le dio una patada a una piedra. Estaba muerto de la rabia. Sin embargo, esa no era la manera de convencer a su padre. Lo conocía bien. En realidad, había pocas cosas o nada que pudiesen

convencer a su padre cuando la cara se le había llegado a poner del mismo color que la confitura de cerezas.

—Está bien, padre —resolvió al fin, resignado—. Mañana lo devolveré.

Fárik se hinchó de satisfacción porque había ganado la batalla contra esos brujos y brujas que, en su opinión, le llenaban la cabeza de pájaros a todos los demás menos a él.

—Así se habla, Béldar. Así se habla. Ahora, sube al carro. Nos vamos.

El carro del panadero estaba todo dispuesto desde hacía un buen rato y dos percherones esperaban para tirar de él en cuanto su amo lo ordenase. Entonces, Fárik se subió por un lado y su hijo, malhumorado, lo hizo por el otro. Cuando el carro comenzó a moverse, Béldar giró la cabeza hacia atrás para mirar por última vez el tenderete ya casi inexistente de Lírica Tejedora. Lo cierto es que la mujer había terminado de guardar casi todos sus sombreros y sus herramientas de costura en el interior de aquella misteriosa caravana. En el momento en que Lírica entró por última vez en ella cargada con varios retales de cuero, justo antes de que cerrase la puerta y echase los cerrojos, una cortinilla en el interior de aquel hogar ambulante se elevó con la corriente de aire que habían provocado sus pasos. Detrás de la cortinilla había una niña acurrucada sobre una manta hecha con retales de muchos estampados y texturas distintos. Béldar creyó que aquella niña tenía su misma edad. ¿Acaso sería la hija de Lírica? La niña era distinta a su madre, aunque había heredado su nariz delicada y su tez del color de una nube cuando amanece, ese siena sutil que no quiere ser del todo blanco. Dormía profundo, como se duerme cuando se descansa de verdad, con los mechones negros derramados sobre su almohada, cortados muy rectos con alguna tijera bien afilada, la de una tejedora de sombreros de brujo, mismamente.

A Béldar le habría gustado hacerse amigo suyo. Así, la tarde en el mercado no habría sido tan aburrida. Podrían haber jugado al escondite o a los acertijos y él habría compartido con ella su merienda. Tal vez otro día y en otra ocasión. Habría más mercados en Bardana, muchísimos más, aunque las Tejedoras solo pasaban cada mucho porque ellas eran nómadas, feriantes de las de verdad.

La puerta de la caravana de las Tejedoras se cerró desde dentro y la imagen de aquella niña desapareció tras ella, como una piedra que se traga el mar. Entonces, Béldar giró la mirada hacia el frente. Apenas diez minutos los

separaban de la tahona, de su hogar. Pero hasta que llegaron allí, no dejó de abrazar ese tesoro que se había cruzado en su camino: su primer libro de magia.

2

O cómo convertir una piedra en sapo verrugoso

—Padre, he decidido que voy a dejar la tahona. Quiero ser brujo —dijo Bédar Estragón, con la voz firme y sacando pecho, como si tuviese delante a un monstruo de dos cabezas a punto de echarle fuego. Afortunadamente, lo único que tenía delante era una piedra algo más grande que su puño a la que él mismo había pintado con un pedazo de carbón dos ojos, una nariz, una boca y unas cejas fruncidas para que se notara que había cierto enfado en su expresión. La piedra estaba encima de un arcón en donde Bédar guardaba su ropa y sus escasas pertenencias. En ocasiones tenía la sensación de que aquella piedra con la cara de su padre le respondía, le hablaba, lo instigaba, lo increpaba. “¿Por qué no te marchas de una vez y dejas de quejarte por tu suerte?”, creyó que le decía. Pero eso era imposible, pues ni las piedras podían hablar ni él podía abandonar la tahona de su familia.

—Bueno, otro día será —se consoló Bédar—. Voy a bajar a encender los hornos.

Se dio la vuelta para dirigirse hasta la puerta, pero justo entonces lo inquietó cierta tentación. La tentación de practicar un conjuro de magia con aquella piedra, uno de los que había escritos en ese libro que Lírica Tejedora le había regalado en un mercadillo, hacía ya siete eras. Se los sabía todos de memoria por la cantidad de veces que se los había leído, y de vez en cuando intentaba practicarlos. Aunque, a decir verdad, nunca ninguno le había funcionado.

—Esta vez será diferente —se dijo.

Así que se colocó, muy seguro de sí mismo, delante de aquella piedra con cara para convertirla en...

—¿En qué puedo transformarte? ¡Ah! ¡Sí! Serás un sapo verrugoso, como los que viven cerca del pantano de Murbhork. Ahora verás.

Béldar respiró hondo, fijó sus ojos castaños en esa piedra y levantó una mano, como si llevase algo invisible para arrojarle. Entonces de sus labios surgió el sortilegio que necesitaba:

*Que abandones tu forma de piedra
y que sapo verrugoso sea tu esencia.
Membranoso, viscoso y rasposo,
que este hechizo no resulte peligroso.*

Béldar sintió una corriente de aire girando sobre la palma de su mano. Creyó ver un tenue destello plateado, la chispa de la magia, como se explicaba en el libro. En cambio, y pasado un tiempo prudencial, la piedra seguía siendo una piedra y no había rastro de ningún sapo. Debía de haber algo que no hacía bien, algo que solo un profesor podría explicarle. Pero él no conocía a ningún profesor. Así que bajó el brazo, avergonzado una vez más por su fracaso, y resopló.

—Bueno... Quizás hoy tampoco sea el día. Será mejor que empiece a trabajar.

Todavía era de noche. Y es que de noche era cuando se ponían a funcionar los hornos en la tahona y la masa madre terminaba de fermentar. Por lo menos entre los hornos y los fogones hacía menos frío que en la pequeña buhardilla que Béldar tenía por alcoba. No era muy cómoda, ni muy grande, aunque se alegraba de no tener que compartirla con ninguna de sus hermanas. Era su buhardilla, con las paredes y el suelo de madera, pequeña como una madriguera, amable como un refugio, austera como cualquier otra buhardilla, y desde allí se asomaba todas las tardes, cuando el sol estaba a punto de caer, y vislumbraba la silueta de la Universidad de Magia de Lárzodak, con sus ocho torreones, su ingente biblioteca, sus jardines y sus fuentes. ¿Quién tendría la suerte de llegar allí? Solo hijos de brujos o... alumnos con un talento especial. Y Béldar tenía un talento especial. Estaba seguro de eso y no se rendiría hasta que su padre le dejara ir allí a estudiar.

Su libro de *Hechizos menores para transformaciones sencillas* continuaba guardado en su cajón de las camisas, escondido como su mayor tesoro, aunque tenía las tapas manchadas de harina y de canela porque a veces se lo llevaba al obrador de la tahona, lo escondía entre unos costales llenos de mendrugos de pan y lo sacaba para seguir estudiando cuando su padre andaba lejos. Jamás devolvió aquel libro a la universidad, como había prometido. Es más: se sabía

casi de memoria cada uno de los encantamientos que había escritos en aquellas páginas, ya fuera para transformar una piedra en sapo, un trozo de queso curado en ratón o una calabaza en un carro. A este último hechizo había que añadirle dos saltamontes para obtener sendos caballos que tirasen de dicho carro, claro. Esto último se especificaba en una nota a pie de página. Sin embargo, Bédar nunca había logrado transformar una cosa en otra, ni siquiera un hueso de ciruela en un escarabajo. Además, si Fárik lo descubría en plena faena, no sabía qué podría ser de él. “¡Por la harina de centeno!”, exclamaría, “¡Ya estás deshaciéndote de ese libro del demonio o te pasarás una luna comiendo pan duro!”. Sí, sucedería de ese modo y, aún peor, su libro de pociones se iría ya no a la universidad, sino directo al horno de piedra.

—Bueno, quizás mañana vaya mejor —se volvió a animar mientras buscaba un delantal limpio—. Esperaré un poco más. Sí. Si la universidad es para mí, tendrá que ser a su debido tiempo. Bédar, no pierdas la esperanza.

Había una bandeja de estaño en una esquina de la buhardilla que le servía como espejo. Con diecisiete eras no había logrado hacerse mucho más alto que su padre. Tampoco era rechoncho, como Fárik, aunque suponía que eso solo tenía que dejarlo en manos del tiempo, pues a Bédar le gustaba comer, sobre todo cuando estaba preocupado, ya que creía que los problemas se resolvían mejor con un pastel de almendra en la mano y otro de azafrán en la barriga. Se anudó el delantal alrededor de la cintura. Habría jurado que, cuando su padre se lo dio, era capaz de ceñírselo un poco más. O él había engordado o el delantal había encogido. Daba igual. Era el momento de empezar una nueva jornada si no quería que la masa madre se pasara de fermentación pues, en ese caso, todo lo que viniera después sería un auténtico desastre.

En la planta baja de la casa de los Estragón estaba la famosa tahona de la familia, la más popular de Lárzodak, de paredes rústicas y amueblada con madera de pino. Se notaba que, desde el momento de su fundación, allí se había hecho todo con estilo. A un lado estaban los hornos, en el obrador, junto a los bancos de trabajo. Al otro, en una enorme despensa, se guardaban la harina, los huevos, la mantequilla, las confituras, las especias, en fin, todos los ingredientes necesarios para la milagrosa alquimia de la pastelería. Esa era la especialidad de Fárik, así que Bédar haría bien en no meter sus narices por allí.

Faltaban varias horas para el amanecer cuando el joven panadero comenzó su rutina de siempre entre puñados de harina y masa de pan. El olor ácido del fermento se chocó contra su nariz adormilada, como cada madrugada, despertándolo del todo. Luego echó leña a los hornos y los encendió. En segundo lugar, amasó las primeras hogazas sobre un enorme banco de madera que llevaba erigido allí desde antes que naciese su bisabuelo. Algunas hogazas las rociaba con agua para que se dorasen y a otras les espolvoreaba sémola de trigo. Las metió a hornear. Sin embargo, ese día lo hizo todo con un ánimo distinto, más mustio de lo acostumbrado. No podía dejar de pensar en la universidad, en estudiar magia y en convertirse en un brujo de prestigio. No entendía por qué, pero aquellos pensamientos lo inquietaban más que nunca. Quería ser un brujo y, cuando lo consiguiera, se compraría un sombrero de color rojo, su color preferido.

Pasaban las horas. Los panes salían y entraban al horno. Su libro de magia seguía acurrucado entre los costales, como si todavía no se hubiera despertado. Béldar lo ojeaba rápido de tanto en tanto. ¿Cuándo funcionarían esos hechizos en sus manos? Inmerso en aquellos pensamientos y recitando para sus adentros algunos sortilegios, no se había dado cuenta de que ya había amanecido.

—Hora de abrir —lo saludó Fárik. Sí, esa era su forma de saludar. El paso del tiempo solo le había vuelto el pelo más canoso, las carnes más blandas y el humor más amargo. Y Béldar, que ya estaba acostumbrado a él, levantó una mano para corresponderle. Fue entonces cuando un latigazo de inquietud lo sacudió por dentro. “Tengo que decírselo —pensaba—. Tengo que decírselo”.

A la siguiente hornada todavía le quedaba bastante, así que se fue detrás de su padre, cogiendo aire y procurando no ponerse nervioso.

—Padre, escúchame: hay algo que...

—¿El qué? —lo interrumpió Fárik, con cara de pocos amigos—. ¿Qué se te ha quemado ahora? Eres un torpe, hijo mío...

—No —repuso Béldar—, no se ha quemado nada, pero...

Fárik iba de acá para allá con su delantal puesto y con un rodillo de amasar ceñido a la cintura. Siempre lo llevaba. Parecía creerse un caballero que ceñía espada. Después se dirigió al despacho de pan. Era un rincón no muy grande en medio de la gran ciudadela, sin embargo sus hijas se habían esforzado en decorarlo con mucho cariño y habían logrado darle un toque en verdad

hogareño poniendo lazos y espigas secas para adornar las esquinas y también cortinillas en las pequeñas ventanas. Barrían el suelo con esmero todas las tardes y limpiaban con un trapo las manchas de harina del mostrador.

–Magnolia, cariño, ¿se te han pegado las sábanas? –le dijo Fárik a una de sus hijas cuando esta terminó de bajar las escaleras. Magnolia era la hermana que seguía en edad a Béldar y era la única de toda la familia que no tenía los ojos castaños, sino de un brillante color azul cielo. Era algo rolliza, como su padre, aunque había heredado la linda cara de muñeca de su madre.

–Hola padre, hola Béldar –los saludó con una sonrisa. Y corriendo se colocó su atuendo blanco de panadera y se cubrió los cabellos con un pañuelo. Ella, por su simpatía, era a la que preferían los clientes.

–Padre, oye –continuó Béldar tras la interrupción. Estaba empezando a impacientarse–. Te estaba diciendo que no he quemado nada. Aunque hay algo que tengo que...

–¡Dulce, hija mía! –reprendió Fárik a otra de sus descendientes–. ¡Estás echando fuera toda la canela! Con lo cara que es... Mira, mira a tu padre: así es como debe hacerse.

Fárik le quitó de las manos a su siguiente hija un molinillo lleno de ramas de canela y comenzó a girarlo con mucha firmeza. Dulce era un poco más pequeña que Magnolia e iba peinada con dos trenzas rubias que le caían por encima de los hombros. Dulce era dulce. Se podía afirmar que su carácter hacía honor a su nombre.

–¡Hola Béldar! –saludó a su hermano. Aquel le devolvió el saludo con la cabeza. En realidad, estaba esperando a que su padre le prestara un poco de atención. Sería solo un minuto el tiempo necesario para decirle que quería abandonar la tahona. A Béldar de repente le cayó una gota de sudor frío por la espalda y sintió un retorcijón en el vientre. Tal vez no fuera buena idea. “Si no lo haces hoy, no lo harás nunca”, se dijo entonces.

–¿Lo ves, Dulce? –siguió Fárik en su labor de maestro panadero–. Los buñuelos quedan preciosos así. Vamos, hija mía: tú puedes seguir.

Cuando Fárik se alejó de Dulce, dispuesto a continuar supervisando todo cuanto ocurría en su tahona, Béldar volvió a ir tras él. Pero, antes de poder abrir la boca de nuevo, un olor conocido golpeó su nariz. Era el olor del pan que lleva el tiempo justo en el horno. Entonces se acercó corriendo para sacar

de allí todas aquellas hogazas. Solo dos minutos más y todas se echarían a perder.

Una vez todos los panes quedaron fuera, y mientras se enfriaban, Béldar puso a hornear las empanadas. Esas las hacía su padre y, a decir verdad, eran un manjar. De pronto, Fárik pasó de nuevo junto a él.

—Padre, todavía no he podido decirte que...

—¿Qué? ¿Qué? ¡Oh, Delicias, hija mía! No hace falta que pongas ahí tanto huevo. Es muy caro, ¿lo sabías?

Delicias era la tercera hermana de Béldar, la menor de toda la prole. Tenía los labios rosas como una fresa y unos dientes graciosos que relucían, por eso su sonrisa era deliciosa.

—¡Hola Béldar! —saludó a su hermano ella también—. Hoy he soñado que se te quemaba todo el pan.

Béldar se quedó perplejo y se cruzó de brazos mientras Delicias se reía. A Fárik tampoco le hizo gracia. Él, por su parte, seguía pintando las empanadas con huevo batido, dando pinceladas ligeras para aprovechar hasta la última gota.

—¡Béldar, las empanadas, que se queman! —bramó de repente.

Béldar resopló de indignación. ¿Es que no había manera de poder hablar con su padre? Fue al horno, lo abrió y comprobó que a las empanadas todavía les faltaba un buen rato. Pero, para cuando quiso regresar junto a Fárik, este ya había salido al mostrador de su pequeña tahona a saludar a sus primeros clientes. Magnolia, junto a su padre, vendía las primeras piezas de pan de ese día a un par de ancianos. Uno se las trocó por un queso de cabra y el otro le pagó con monedas de cobre.

—Padre —insistió Béldar cuando la tahona se vació de nuevo.

—¡Dulce, la almendra se tiene que moler más fina, hija!

—Padre, escúchame...

—Padre —interrumpió Magnolia—, este queso es del bueno.

—Entonces, guárdalo arriba —le indicó Fárik.

—Pero, padre... —seguía Béldar.

—¡Oh, Delicias! —se irritó el maestro panadero—. ¿Eso que se ha caído es un huevo?

—No, padre —se excusó la hija menor, apresurándose a limpiar las muestras de su descuido.

–Padre, por favor –lo intentó Béldar de nuevo.

–¡Béldar, por los dioses! ¿No te dije que sacarás las empanadas?

–¡Padre! ¡Voy a dejar la tahona!

A Fárik le dio un vuelco el corazón. A Béldar, también. Magnolia, Dulce y Delicias ahogaron una exclamación, las tres a la vez, y observaron a su hermano con mucha atención, como si estuviese enfermo o embrujado. Luego, se sobrecogieron mientras esperaban la reacción de su padre. A Béldar, de hecho, se le hizo un nudo en la garganta y no supo cómo continuar, aunque ya lo había dicho. Ahora, no había vuelta atrás.

–Anda, hijo –se rio Fárik con aire socarrón–, saca esas empanadas y deja de decir bobadas.

–¡No! ¡No son bobadas! ¡Dejo la tahona! ¡Yo no quiero seguir aquí!

Entonces, Fárik se puso muy serio y le puso una mano en el hombro. Todavía no se le había puesto la cara roja.

–¿Lo escuchas, hijo?

–¿El qué? –le contestó Béldar, muy desconcertado. ¿Acaso su padre estaba de broma o se había vuelto loco por culpa de la descabellada idea de su primogénito?

–Oye, hijo, oye bien... Oigo a tu tatarabuelo, Caledonio Estragón, el primer maestro panadero, revolviéndose en su tumba a causa de las sandeces de su tataranieta.

–¡Padre, hablo en serio!

–¿Que hablas en serio, dices? –se burló Fárik–. Y, dime, ¿a dónde vas a ir si dejas la tahona?

Eso era aún más difícil de responder. A Béldar se le secó la boca y un nuevo retorciójn le sacudió el vientre. Estaba a punto de decírselo, tenía que decírselo.

–Quiero ser brujo.

Las hermanas de Béldar volvieron a ahogar una exclamación mientras esperaban el veredicto de su padre, que ahora sí estaba empezando a ponerse rojo. Más rojo que una grosella madura.

–¿Has dicho brujo?

Béldar dudó y se sintió como un idiota.

–Sí, he dicho que quiero ser brujo.

Tal vez fue por lo firme que se mostró, pero el caso es que Fárík negó con la cabeza y adoptó un tono conciliador, al contrario de lo que Béldar habría esperado. No sabía qué era peor.

—¿Se puede saber qué tontería te ha entrado con eso de ser brujo?

—Siempre he querido ser brujo y estudiar en la Universidad de Magia. Quiero aprender hechizos, por ejemplo para transformar unas cosas en otras.

Fárík rompió a reír como si nunca hubiese escuchado un chiste mejor. Detrás de él, Magnolia, Dulce y Delicias los observaban estupefactas. Sabían que su hermano siempre había sido un poco raro, pero de eso a querer dejar la tahona...

—Vamos a ver, hijo mío. Yo te voy a enseñar magia aquí, en la tahona.

Fárík se sacó el rodillo de amasar del cinturón del delantal y lo agitó en el aire como si fuera una varita mágica. A Béldar le pareció, cuando menos, ridículo.

—¿Qué es esto, Béldar? —le preguntó, señalando con el rodillo una olla de barro que había junto al horno. La destapó y Béldar vio una bola de masa allí dentro.

—Es masa madre.

—¡Exacto, hijo! Y, ¿no te parece mágico transformarla en diez hogazas de pan?

—Pero...

—Y mira: si bates bien la leche con el resto de ingredientes mágicos puedes crear unas natillas deliciosas. ¿Sabes eso los brujos?

—Padre, se acabó: voy a cumplir dieciocho eras y quiero irme a estudiar magia.

—¡De eso nada! —rugió Fárík por fin. Demasiado había tardado en hacerlo. En cambio, Béldar no se dejó intimidar esta vez. Él lo tenía muy claro, se iría a la Universidad de Magia, aunque fuera con una mano delante y otra detrás.

—Escúchame, mocoso: tu tatarabuelo fundó esta tahona. Tu bisabuelo inventó la crema pastelera. ¿Ves este rodillo de amasar? Es gracias a tu abuelo que existe. Y yo inventé el pan de nueces y pasas con sabor a vainilla. Aquí tienes un porvenir, Béldar. En la universidad tú no eres nadie. Solo los hijos de brujos van allí, sobre todo los que tienen dinero. ¿Qué tienes tú?

–Tengo un libro de magia –confesó, y se fue corriendo a por él. Lo sacó de su escondite y se lo mostró a su padre y a sus hermanas. Entonces Fárik hilo varios recuerdos en su memoria. Eso solo empeoró su enfado.

–Así que no lo devolviste, majadero...

–Por supuesto que no. Fue un regalo que me hicieron. Y, ¿sabes qué? Me sé de memoria todos estos hechizos.

Fárik dudó por un momento. Le asaltó un repentino temor a que su hijo lo convirtiese en comadreja o en liebre. Aunque bastaba conocer un poco a Bédar para saber que, ni bajo la peor de las iras, sería capaz de hacer algo así.

–Hijo, eso solo demuestra que eres el más tonto de todos mis vástagos. En fin: recoge tus cosas y vete. Sí, eso es. Vuela como un pajarillo que se marcha del nido. Vete a esa universidad de lunáticos y conviértete en uno de ellos. Eso si te aceptan allí, que no tienes dinero, ni vienes de una familia de brujos ni sabes nada de magia.

–Disculpad, Fárik –se añadió de pronto una voz desconocida–, pero hay un catedrático que busca un mozo para su taller.

–¡Kair! –se sobresaltó Fárik–. ¿Qué hacéis vos aquí?

A Bédar se le abrieron los ojos como si hubiese visto un fantasma. A decir verdad, Kair, el viejo alguacil de la barriada, tenía un aspecto mortecino y poco salubre, la piel muy arrugada y de un rancio tono amarillento. Todo el mundo decía que era por una enfermedad que había padecido en su primera infancia. Aunque lo que realmente sorprendió a Bédar no fue la figura lúgubre del alguacil, sino su propuesta. Esa era su oportunidad para meter un pie en la Universidad de Magia. Una oportunidad con la que soñaba desde el día en que una Tejedora en un mercado le regaló aquel libro de *Hechizos menores para transformaciones sencillas*. Por fin la suerte comenzaba a sonreírle.

–Fárik –trató de excusarse Kair por la intrusión–, perdonadme si me he metido donde no debía. En realidad venía a comprarme el almuerzo, como todas las mañanas. Justo os he escuchado discutir a vos y a vuestro hijo y me he acordado de que el catedrático de Historia y Archivística de la Magia me contó que necesitaba un ayudante.

Fárik se echó a reír. Era su último recurso cuando una situación rocambolesca como aquella comenzaba a írsele de las manos.

—¿Os imagináis a mi hijo en la universidad? —decía, desdeñoso, señalando a Béldar con el rodillo de amasar—. Pero si no sabe ni hacer un merengue en condiciones.

—Bueno, en la universidad no le hará falta hacer merengue. Para eso están los pasteleros, ¿no? —respondió Kair. Y tenía toda la razón.

—¿Qué debo hacer, señor? —le preguntó Béldar, ansioso—. ¿Podéis hablar con ese catedrático? Decidle que estoy muy interesado y que...

—Calma, muchacho. Puedes ir tú mismo.

Mientras Kair se giraba a elegir algo con que poder llenarse el estómago, Fárik y Béldar se arrojaron miradas frías y duras como espadas de acero. Era obvio que la lucha entre padre e hijo había terminado allí, en ese instante, y que los hados de la fortuna habían favorecido a Béldar. Cuando Magnolia sirvió al alguacil un pastel de carne todavía caliente, este le pagó y luego se dirigió a donde estaba Béldar, dándole un primer mordisco a su almuerzo y manchándose los bigotes de grasa.

—Béldar, ve antes del mediodía a la universidad y dirígete al torreón de Historia y Archivística. Cuando llegues, pregunta por el profesor Búho Gort. Di que vas por lo del puesto de mozo.

—¡No puedo creerlo! ¿Has oído eso, padre?

Pero Fárik no estaba alegre ni feliz. ¿Por qué diablos le había tocado un hijo raro como Béldar, a él, que había sido fiel a su estirpe?

—¿Vas a ser un mago, Béldar? —le preguntó Delicias, la más pequeña, sin caber en sí de ilusión.

—¡Eso parece! —celebraba aquel. Luego le dio las gracias al alguacil y subió corriendo las escaleras de la casa de sus ancestros hasta que llegó a su buhardilla. Toda su apatía y su desgana por la vida se habían desvanecido de repente al saber que por fin podría ir a la universidad. Se asomó por la ventana. Desde allí la veía todos los días antes de acostarse. Sin embargo, tal vez esa sería la última vez que lo hiciera. Tal vez al día siguiente estaría mirando la tahona de su familia desde la ventana de alguno de esos ocho torreones señoriales.

Sin perder más tiempo, se quitó el delantal de panadero y se cambió la camisa que llevaba por otra limpia. Todas sus camisas eran blancas. Bueno, quizás lo habían sido cuando su padre las llevaba, cuando Fárik aún era joven. Ahora se veían de un tono algo más apagado, pero eso no tenía importancia.

Béldar se puso un chaleco que solo utilizaba los días de fiesta, con tres botones dorados para abrochárselo. Se sacudió el pelo y los pantalones y se frotó las botas con una gamuza. Luego, se miró en la antigua bandeja de estaño que le hacía las veces de espejo: ahora sí, estaba listo para marcharse. Con una sonrisa que le surcaba la cara de lado a lado y con el color devuelto a sus mejillas, Béldar armó un fardo ligero, pues poco tenía para llenarlo, se echó una capa sobre los hombros y se dispuso a partir hacia la universidad.

Bajó las escaleras, deslizando despacio la mano por la barandilla de aquellas, despidiéndose de cada baldosa del suelo y de cada piedra de la pared de la que había sido su casa. No es que hubiese vivido mal allí, con su padre y con sus hermanas. Había sido feliz también con su madre, a pesar de que guardaba recuerdos muy borrosos sobre ella. Ahora tenía que dejar el pasado atrás, pues un nuevo futuro se abría ante sus pasos. Un futuro que se le antojaba prometedor.

Cuando llegó al despacho de pan, sus tres hermanas y su padre guardaban un extraño silencio, como si acabara de morir alguien. Parecía mentira que, de todas las veces que había dicho que dejaría la tahona, esa al fin fuera la definitiva. Magnolia se había puesto triste, Dulce aún no se lo creía. Solo Delicias parecía feliz porque, al fin y al cabo, tendría un hermano brujo. Y Fárik trabajaba en el obrador, untando mantequilla aquí y añadiendo un poco de miel allá, cubriendo con trozos de almendra sus trenzas de hojaldre, como si la partida de su hijo no tuviera nada que ver con él.

—Herманas —pronunció Béldar con un raro sentimiento de vacío. En realidad, no sabía muy bien cómo continuar.

—Se te olvidaba esto —le dijo Delicias, acercándole el libro de *Hechizos menores para transformaciones sencillas*. Por las manchas de azúcar que había sobre sus tapas, Béldar intuyó que su hermana pequeña lo había ojeado durante el tiempo que él tardaba en bajar de su buhardilla.

—Gracias, Delicias. Ahora, he de irme. Tengo que elegir mi propio camino, mi propia historia. Y esa historia transcurre en la Universidad de Magia. No quiero que penséis que me gusta abandonaros, no, en absoluto. Sois tres hermanas maravillosas.

Las tres le sonrieron, aunque Magnolia se puso aún más triste. Entonces, una por una, dieron un fuerte abrazo a Béldar. Él las quería de verdad, pero no podía quedarse allí estancado viendo a su juventud pasar entre hogazas de

pan y a sus sueños morir en un cajón de su fría buhardilla. Después, el joven se dirigió a su padre y le tendió la mano. Quería quedar en paz con él antes de emprender su nueva vida. Sin embargo, Fárik no estaba por la labor. A él los enfados solían durarle mucho, a veces le duraban para siempre.

–Ve, hijo –le reprochó–. Ya estoy viendo el día en que regreses a mi casa suplicando por un trozo de pan duro.

–¿Es eso lo que me deseas, padre?

–Eso y que seas un gran brujo. Que aprendas a hacer hechizos y que un día te transformes en tejón.

O cómo llegar a la Universidad de Magia sin saber nada de magia

La muralla de la Universidad de Magia se presentaba sobria e imponente delante de Bédar, quien se sentía como nunca pequeño e insignificante ante sus torres de flanqueo y sus gárgolas de piedra. Quien las hubiese tallado lo había hecho desde luego para asustar a quienes pasaran por debajo de ellas. La historia contaba que la anciana universidad antaño había sido una fortaleza desde donde se había defendido la ciudadela de Bardana en tiempos de guerra. Pero eso ya había pasado a la historia.

Ahora, las torres de flanqueo estaban vacías. No había centinelas. Solo esas gárgolas horribles y un enorme blasón de piedra en la portada en donde se veía grabado un enorme sombrero de brujo sobre una inscripción antigua. Pero tanto habían erosionado la roca el paso del tiempo y las inclemencias del clima que apenas se entendía lo que ponía allí. Tal vez ni siquiera nadie ya lo leía.

El portón de la muralla estaba abierto. A Bédar le producía un poco de inquietud atravesar el umbral, pues una parte de él sentía que la universidad no era un lugar para él. Quizás era la voz de Fárik, que todavía retumbaba dentro de su cabeza. “Tú eres panadero”, lo escuchaba de vez en cuando. Sin embargo, Bédar era un joven de los que pensaba que podía cambiar su destino, que nada estaba escrito más que los libros. Así que, inspirando y sacando pecho, caminó hacia el interior de la universidad, con su macuto a cuestas y su libro de magia en las manos.

—¡Eh, tú! —le gritó un hombre que arrancaba malas hierbas en un jardín próximo. Era viejo y tan flaco que los pómulos sobresalían como picos en su consumida cabeza casi sin pelo. Además, caminaba encorvado y con los brazos encogidos, aunque a juzgar por la rapidez con que abordó a Bédar, no parecía faltarle energía—. ¡Eh! ¿Tú quién eres?

Desde luego, y a pesar de trabajar en la universidad, a Bédar no le pareció nada docto ni educado ni amable, sino hosco y desconfiado, aún peor que su

padre. El hombre se estiraba de la capa constantemente porque se le resbalaba por encima de los hombros de tan estrechos como los tenía. Lo hacía con brusquedad y ponía una mueca grotesca mientras escrutaba a Bédar, acercándose demasiado. El joven se dio cuenta de que aquel hombre tenía un ojo velado, así que solo veía por el otro.

—He venido a ver al profesor Búho Gort.

Aquel le miró las botas. Luego, torció la cabeza. Todo el tiempo tenía la boca entreabierta y la nariz arrugada, como si algo le diera mucho asco.

—¿Eres mensajero? —le preguntó.

—No, señor.

El hombre arqueó las cejas: ahora, además, se había añadido un matiz arrogante a su desagradable expresión, como si Bédar solo fuera un maldito piojo.

—Ah... —asintió—. Un criado, entonces.

—Yo no soy ningún criado, señor. Antes que servir a alguien, volvería a la tahona de mi padre.

—¿Panadero?

Bédar no pudo negarlo. No podía decirse aún que fuera otra cosa que panadero. En eso, aquel desconocido llevaba razón.

—A las cocinas por ahí —le indicó con el dedo, señalando un camino de baldosas de piedra que se bifurcaba.

Bédar no comprendió muy bien su indicación, pero lo único que deseaba era quitárselo de encima y alejarse de él cuanto antes. Supuso que podría preguntarle a alguien más simpático o que, quizás, encontraría él solo el torreón de Historia y Archivística. Estaba seguro de que en alguna zona de la universidad debía de haber un mapa.

—Gracias, señor —se despidió.

—Y no me pises las plantas, ¿eh? O te doy con la guadaña.

Aquella amenaza sonaba certera, pues el hombre no parecía estar demasiado cuerdo. Bédar supuso que era el conserje, aunque no entendió qué hacía alguien así trabajando en una universidad de brujos.

Cuando el siniestro conserje quedó muy atrás, Bédar respiró tranquilo. Sus hermanas le habían preparado una bolsa con panecillos de cebada, así que sacó uno para comérselo porque tantas emociones le estaban empezando a abrir el apetito. Mientras comía, continuó recorriendo aquel camino de

baldosas con mucho cuidado de no pisar las plantas, tal y como le había advertido el conserje. Mal que le pesara, no podía dudar que aquel hombre trabajaba bien en vista de lo hermosos que estaban los jardines. Era invierno tardío. En esa época las últimas hojas abandonaban las ramas de los robles tras haberse pintado de un marrón dulce como el de la crema de café. Alfombras mullidas de hojarasca ocre se habían desplegado por encima de los suelos de todo el recinto, tanto que las losas de piedra se perdían en un punto del camino. Parecía que alguien hubiese espolvoreado toda la universidad con virutas de canela. Un regalo para la vista, más trabajo para el conserje.

La vieja fortaleza había sido restaurada con esmero y ahora albergaba a cientos de estudiantes que la habían decorado con banderines de colores. Tras observarlos varias veces, Béldar dedujo que cada color correspondía a una de las disciplinas que allí se enseñaban, que eran ocho como los ocho torreones, como sus ocho catedráticos. Pronto divisó un monumento, como los que suelen erigirse en lugares en donde se ha de conmemorar algo importante. Era una estatua o, mejor dicho, dos estatuas. Una representaba a un joven brujo. Béldar lo supo por el sombrero que aquel personaje portaba sobre su cabeza. El otro era un rey, con corona y todo. A ese sí lo reconoció de inmediato porque guardaba un fuerte parecido con el actual monarca de Lárzodak, el rey Brálund IV. Brujo y rey se daban la mano con ánimo conciliador, sonriendo, firmando así la paz que unió a sus reinos tras un periodo de largas y dolorosas contiendas. No es que Béldar supiera demasiado sobre aquel suceso. Estaba seguro de que Fárik se lo habría explicado bien, pues al hombre le gustaba aprender historia del reino. Pero, al fin y al cabo, habían pasado más de doscientas eras desde la última guerra, así que, ¿por qué escarbar en el pasado?

Sopló un viento seco que percibió como una contestación mordaz. Parecía que una nube de lluvia hubiese bajado a soplarle en la cara. Entonces tuvo frío y se ajustó la capa a la altura del cuello. Llevaba alguna bufanda de lana en su fardo, de las que tejía Magnolia, mas ahora no tenía tiempo de pararse a buscarla. Lo cierto era que estaba comenzando a chispear y que el cielo se había vuelto repentinamente de un tono poco amigable, un tono gris oscuro como el que precede a las tormentas.

No había nadie más que él caminando por allí en medio. Quizás fuera porque los estudiantes permanecían enclaustrados en las aulas y en las bibliotecas. ¿Acaso no era eso normal durante una mañana de lluvia? El sonido

de una ventana al cerrarse hizo que levantase la mirada. En el segundo piso, de donde colgaban banderines plateados, una estudiante lo miró extrañada antes de echar un cortinón oscuro por encima del cristal. Quizás aquella también había pensado que Bédar era un criado.

El viento sopló de nuevo. Cada vez lo hacía con más fuerza, de un modo huracanado. A Bédar no le gustaba. Los árboles se doblegaban ante aquel viento helado, severo, rudo. Las hojas secas viajaban sobre la corriente, chocándose contra el joven, quedándose pegadas a su capa y enredándose en su pelo. Otra ventana se cerró en lo alto de otro edificio, donde los banderines habían dejado el color plata para mostrarse dorados. Pero cuando Bédar miró hacia arriba no vio a quien la había cerrado, sino ya solo el cortinón que la cubría desde el interior del edificio.

—Pero, ¿qué haces, descerebrado? —lo reprendió una mujer que casi asomaba medio cuerpo por otra ventana más grande que las demás. Por su edad y por su sombrero negro de bruja, debía de tratarse de una profesora. Seguro—. ¿Es que no has leído los carteles?

Bédar se sobresaltó al verla tan acalorada, con las venas del cuello tensadas y dos ronchones rojos en las mejillas. El viento la azotaba a ella también, poniéndole todo el pelo por encima de la cara, como una mancha amarilla.

—Señora, no sé de qué carteles...

—¡En los muros! —gritó ella.

Efectivamente, a solo unos pasos de Bédar y colgado del muro más cercano, había un gran tablón donde se leía:

El próximo martes de luna menguante, durante las tres primeras horas de la jornada, se realizará una clase práctica de invocación de tormentas desde lo alto del torreón de Magia Meteorológica. Por favor, se ruega encarecidamente que todo el personal de la Universidad de Magia permanezca a cubierto mientras dure la práctica. Los alumnos de cuarto curso interesados en asistir deberán presentar previamente y por escrito una autorización firmada por el catedrático Duir Rocaliquen. Disculpen las molestias.

Departamento de Invocación de Rayos y Centellas

¡Pues claro! Por eso no había nadie fuera de los edificios. A Bédar lo invadió el pánico. El cielo estaba poniéndose cada vez más oscuro y permanecer allí durante más tiempo parecía, cuando menos, temerario.

—¿De qué torreón eres? —le preguntó la profesora—. ¿Eres de primer curso?

—No lo sé, señora. Yo he venido a buscar al profesor Búho Gort por lo del puesto de...

—¿Queréis correr ahora mismo los cortinones? —gritó la profesora a sus alumnos, que se agolpaban en los cristales para observar a Bédar con la boca abierta y los ojos como platos—. ¿Es que queréis quedaros ciegos?

Aquello no sonaba nada bien. No, en absoluto. Acto seguido, todos los cortinones volvieron a cubrir las ventanas y la profesora se dirigió de nuevo a Bédar, exasperada.

—¡Corre ahora mismo y métete en nuestro torreón! ¡Vamos! ¡Da igual de qué clase seas!

Bédar, sin dudarle ni por un momento, obedeció al instante y echó a correr hacia el interior del torreón de banderines dorados.

—¿Quieres cerrar la puerta ahora mismo, incauto? —le dijo otra mujer cuando estuvo allí dentro. Bédar, antes siquiera de reconocer aquel espacio, hizo caso de inmediato cerrando la puerta del torreón a sus espaldas y asegurándose de que ninguna de aquellas ráfagas de aire huracanado la pudiera abrir. Cuando se giró, descubrió que aquella que había hablado estaba detrás de un mostrador alumbrado por dos candelabros y por varias antorchas ancladas a la pared. Junto a un tintero y un códice lleno de archivos reposaba el té dentro de una redonda tetera de porcelana blanca. La mujer portaba un sombrero de bruja de color rosa pastel sobre la cabeza, adornado con un pompón de cola de conejo, y llevaba el pelo de color blanco recogido en un moño bien aderezado. Era la recepcionista y, a juzgar por las arrugas de su frente, tal vez llevara trabajando allí desde que se fundó la universidad.

—¡Lo siento! ¡Perdón! —se apresuró a excusarse Bédar. La recepcionista se quedó perpleja, como esperando que el joven le dijese qué quería o de dónde venía o en qué torreón se quería matricular o algo parecido. Justo en ese momento, el sonido rítmico y contundente de unas botas con un poco de tacón retumbó por las escaleras en espiral que descendían hasta allí. Una silueta alta y esbelta vestida con una túnica negra hasta los pies y con un sombrero de igual color se dirigía hacia él de forma intencionada. Era la profesora que minutos antes le había advertido desde una ventana que se pusiera a cubierto. Ahora que la veía de cerca, a Bédar le pareció que rondaba la mediana edad y,

cuando el pelo se le movió, descubrió que tenía las orejas largas como los duendes.

–Pero, ¿se puede saber quién eres y qué estabas haciendo ahí fuera en un día de tormenta mágica? –lo reprendió de nuevo, cruzada de brazos. La profesora no era mucho más alta que Bédar, aunque su sombrero de bruja la hacía parecer más grande. Lo llevaba decorado con una banda dorada en torno a la parte baja de la copa.

–Señora, yo no lo sabía. Es mi primer día aquí.

–¿Tu primer día aquí? ¿Te has matriculado en Norma y Buen Uso del Lenguaje de los Encantamientos?

–No –dijo desde atrás la recepcionista del sombrero rosa, abriendo un libro que se le salía del mostrador de tan ancho como era–. Este joven no está matriculado en nuestro torreón. ¿Venías a eso, muchacho?

–No, señora. En realidad estoy buscando al profesor Búho Gort, por lo del puesto de aprendiz.

En esos momentos, las dos mujeres se miraron entre sí y arquearon una ceja, incrédulas. Tal vez comenzaban a sospechar que Bédar era algún alborotador o un granuja que se había colado allí para molestar o gorronear en las cocinas. En ese instante, el joven se dio cuenta de que la profesora del pelo amarillo llevaba una insignia dorada ensartada en la tela de su túnica, a la altura del pecho. Supuso entonces que se trataba de una de las catedráticas.

–Qué curioso –resolvió esta–, porque Gort ya tiene un aprendiz, desde hace un par de eras, y es raro que un catedrático coja dos aprendices al mismo tiempo.

–Pero, señora...

–Profesora Papyrus –espetó ella–. Cada cosa tiene su propio nombre y se debe nombrar con propiedad a cada cosa. Sigue, muchacho.

–Veréis, Profesora Papyrus. Kair, el viejo alguacil, me contó que el profesor Búho...

–Profesor Gort –lo volvió a cortar ella. Bédar empezaba a impacientarse con su meticulosidad para el empleo de las palabras, pero hizo un esfuerzo para que no se le notase molesto.

–El profesor Gort, según me dijo el viejo alguacil, necesita un mozo. Y yo he venido precisamente para...

—¿Que necesita un mozo? —volvió a interrumpirle la catedrática. Después, y antes de que Bédar siguiese hablando, esbozó una sonrisita burlona y cruzó una mirada cómplice con la recepcionista, una de esas miradas que prometen chismorreos con el té de la tarde.

—Eso es —prosiguió Bédar—, un mozo, bueno, un aprendiz.

—¡Ah, no, no! Un aprendiz y un mozo no es la misma palabra, muchacho. Un aprendiz aprende y un mozo es quien hace las tareas sucias en el taller de un maestro de cualquier disciplina. De hecho, el uso de la palabra mozo se acuñó tan solo hace un par de décadas. Antes de eso, se decía criado.

La sonrisa jocosa no desaparecía de la larga cara caballesca de la profesora Papirus, algo que estaba empezando a irritar a Bédar.

—Escuchadme, profesora Papirus —se defendió—. Yo no soy ningún criado de nadie y nunca lo seré. Yo voy a ser un brujo. Ya me sé de memoria un buen montón de encantamientos, ¿sabéis? Mirad: los aprendí con este libro.

Bédar le enseñó a la profesora el libro de *Hechizos menores para transformaciones sencillas*, muy orgulloso de ser su poseedor. Entonces la catedrática, por un momento, borró de su rostro la expresión burlona y cogió el libro en sus manos para leer el título y el nombre del autor, entrecerrando un poco los ojos para enfocar la vista. Detrás de ella, la recepcionista se había levantado de donde estaba sentada para poder verlo también. No quería perderse detalle. Pero, al contrario de lo que Bédar esperaba, la profesora Papirus rompió a reír de nuevo, con carcajadas remilgadas, capaces de poner de los nervios a cualquiera, criado o catedrático. La recepcionista la secundó. Su risa era, si cabe, todavía más irritante. A Bédar le recordó al cloqueo de una gallina.

—Hechizos menores, ¿eh? ¿Esta es la magia que sabéis, mozo?

Las dos brujas seguían desternillándose de la risa mientras Bédar notaba que poco a poco la cara se le iba poniendo roja. “¡Maldición! —pensó—. ¡Igual que a mi padre!”. Pues, mal que le pesara, era hijo de Fárik Estragón. Y, si bien había aspectos de su progenitor que despreciaba, ¿por qué no sacarle partido a los que podrían ayudarle, como por ejemplo su osadía y su descaro, incluso su ácida lengua picajosa?

—Parece mentira, profesora Papirus, que, siendo vos como sois una catedrática, tengáis la desfachatez de reiros del trabajo de otro catedrático. En este caso, del profesor Dragonius, el autor de ese libro.

Eso sí que no se lo esperaba la catedrática. En el acto cesaron sus risitas y las de la recepcionista, pues, de hecho, aquel joven criado, mozo, aprendiz o lo que fuera acababa de dejar en evidencia su falta de modales. Y no le faltaba razón. La profesora Papirus se apresuró a leer el nombre del autor del libro. Esto último no lo había hecho antes, cuando rompió a reír. Craso error por su parte. Y Béldar se creció de satisfacción y arqueó una ceja con arrogancia mientras la escrutaba: le había dado justo en todo el ego. Fárik se habría sentido orgulloso de él.

—Dúrik Dragonius... —musitó ella—. ¡Bah! Ese pirado desapareció hace seis lunas y ni siquiera tuvo el detalle de despedirse. Dejó una plaza libre en la universidad, un curso a medias y a todos sus alumnos sin titular. Un auténtico desastre para la administración, ¿verdad, Peonía?

La recepcionista asintió, muy indignada. Seguramente, esos hechos que Béldar desconocía habían añadido algo más de trabajo a su reluciente mostrador.

—Bueno, yo tengo una clase que dar —resolvió al fin la catedrática, mirando a Béldar por encima del hombro—. Si buscas al profesor Gort, gira por ese pasillo de ahí y sigue las indicaciones. Los ocho torreones están conectados por una galería subterránea. Pero, sobre todo, no salgas del edificio hasta que...

En ese momento, un trueno ensordecedor hizo que toda la universidad retumbara. Béldar dio un respingo, la profesora Papirus ahogó un grito y Peonía, la recepcionista, se apresuró a sujetar su tetera de porcelana para que no se cayese al suelo y se hiciera pedazos echando a perder su maravilloso té rojo. Por la estrecha rendija que quedaba entre el portón del torreón y el arco de piedra entró una luz blanca, brillante y cegadora que con poco que se mirase hacía daño en los ojos, como si a uno le clavasen una espina en el lagrimal. Béldar y las dos brujas se cubrieron la cara con las manos y esperaron hasta que aquella luminosidad se extinguió. Solo cuando cesó la vibración del trueno y la penumbra se devolvió al vestíbulo, los tres volvieron a abrir los ojos.

—¿Eso lo ha hecho un brujo? —preguntó Béldar, sin caber en sí de asombro—. ¡Es alucinante!

—Sí, bueno —asintió la profesora Papirus, atusándose el cabello y mirando con desgana hacia el portón—. El profesor Rocaliquen ha vuelto a hacer alarde de su magnificencia. Mañana le dolerá la espalda por el esfuerzo, porque ya es viejo, y luego se pasará dos semanas en cama, convaleciendo. Ya sabes, Peonía,

a buscar un sustituto, doble de trabajo para todo el mundo. Este curso ya lo ha hecho dos veces.

Béldar se quedó decepcionado ante la actitud de aquella catedrática. Esperaba que los brujos y brujas, sobre todo los profesores de la universidad, disfrutaran de su trabajo y que la magia los entusiasmara, por lo menos, tanto como a él. Pero la profesora Papyrus no parecía tener ninguna ilusión por su oficio. Ella solo era rancia, como la harina pasada de fecha o como el aceite que se almacena por mucho tiempo. Y aunque Béldar no sabía exactamente qué función desempeñaba en la Universidad de Magia, sospechaba que los hechizos no eran lo que mejor se le daba y que su labor como catedrática era, de todas las habidas por allí, la más tediosa y aburrida. Suerte que el profesor Gort no trabajaba en ese torreón.

—Bueno, mozo —se dirigió a él—, que te vaya bien.

No se lo dijo de corazón ni con deseos sinceros. No se lo dijo con buena intención. En realidad, no había ninguna intención en sus palabras, ni buena ni mala. Solo era una fórmula de despedida. Justo entonces, la profesora Papyrus giró sobre sus talones sacudiendo su pelo, amarillo como el huevo hilado, bamboleando su larga túnica de catedrática, y con aires de suficiencia se marchó por donde había llegado, dispuesta a seguir con su clase de Norma y Buen Uso del Lenguaje de los Encantamientos. “Qué aburrimiento”, pensó Béldar, sintiéndose incluso afortunado por no tener unos padres brujos que lo obligasen a estudiar aquella disciplina. Detrás de él, Peonía se servía una taza de té, mirándolo taciturna.

—Sigue por ese pasadizo —le indicó—. Atravesarás dos vestíbulos. Cuando llegues al tercero, en el torreón de la facultad de Historia y Archivística, pregunta al recepcionista. Sabes leer, ¿no?

—¡Pues claro que sé leer! —respondió Béldar, ofendido. Pero, ¿qué clase de lugar era aquel?

La recepcionista solo arrugó la frente e izó ligeramente una de las comisuras de su boca, haciendo un mohín.

—Bien. Puedes utilizar una antorcha, pero dásela al recepcionista cuando llegues. Bajo ningún concepto se pueden sacar antorchas del recinto. ¡Ah! Y si la malogras, tendrás que pagarla.

Béldar prefirió ahorrarse la contestación. En realidad no le quedaban más respuestas agrias para dar. Peonía se movía despacio y con parsimonia. Cuando

llegó hasta donde estaba la primera antorcha encendida, la sacó del anclaje y se la entregó a Bédar. Entonces, el joven le dio las gracias y se marchó por aquel pasadizo, como ella le había indicado, con la esperanza de encontrar cuanto antes al profesor Búho Gort.

El pasadizo subterráneo comenzaba tras bajar unas ocho o nueve escaleras, a la izquierda del mostrador de la recepcionista, y como la mayoría de pasadizos subterráneos, estaba muy oscuro. En él no había antorchas. Por la reticencia que había mostrado Peonía al prestarle una a Bédar, no era difícil deducir que la universidad no disponía de fondos para iluminar todos sus rincones, por tenebrosos que fueran. Y ese era el caso del pasadizo que unía los ocho torreones.

El aire allí dentro pesaba como una manta mojada y estaba cargado y enmohecido. Hacía frío. De vez en cuando Bédar se encontraba alguna puerta que se había hinchado por causa de la humedad, pero todas estaban cerradas a cal y canto. ¿Qué guardarían allí dentro? Tal vez fueran almacenes llenos de trastos y cachivaches donde, con el tiempo, se iba guardando todo aquello con lo que no se sabía qué hacer, o tal vez fueran los antiguos calabozos de la fortaleza que, por suerte, ya no se habían vuelto a utilizar.

No se oía nada. Ni alumnos, ni aulas, ni pasos, ni sonidos de ratas o goteras. Nada. Ni siquiera los truenos de la tormenta que el catedrático Rocaliquen estaba invocando en el exterior. De pronto, Bédar supo que ya había escuchado ese nombre en alguna ocasión, aunque no recordaba dónde ni cuándo. Ignoró ese pensamiento y continuó caminando, con su libro de magia debajo de un brazo. En realidad, le decepcionaba que el brujo que lo había escrito estuviese desaparecido. En alguna ocasión, mientras releía aquellas páginas, había albergado la esperanza de ir a la universidad y conocer en persona a Dúrik Dragonius, un brujo de mundo. Pero hasta entonces solo se había encontrado con un conserje siniestro, una recepcionista áspera y una catedrática aburrida y soberbia. “Ojalá Búho Gort sea mejor”, pensaba.

Por fin llegó a unas escaleras ascendentes que conducían a otro vestíbulo de planta circular. Había llegado al siguiente torreón. Bédar supuso que era la recepción de otra de las escuelas, con su respectivo mostrador y un anaquel lleno de documentos. Los banderines esta vez eran de color morado y en una banda que colgaba de una viga se leía *Escuela de Traductores e Intérpretes*. Bédar se quedó defraudado porque creía que allí se estudiaba magia. Desde luego,

aquella otra disciplina tampoco le parecía prometedora tratándose de una universidad de brujos, y puesto que no había ningún recepcionista allí, lo cual le ahorraría nuevas explicaciones sobre su propósito, continuó su camino.

Bajó otras escaleras, atravesó otro pasadizo no menos oscuro y mohoso que el anterior y, poco después, escuchó jaleo de voces. Según se iba aproximando al lugar de donde venían, comenzaba a distinguir palabras y conversaciones. Llegó a un nuevo vestíbulo que, tal como había supuesto, estaba abarrotado de estudiantes. Iban todos vestidos con túnicas de color azul marino que les llegaban a los pies, aunque ninguno llevaba sombrero. Al parecer, esto solo correspondía a los brujos y brujas titulados. Los banderines que decoraban aquella recepción eran verdes. De hecho, también los estudiantes portaban una pequeña insignia sobre el pecho adornada con un trozo de lazo de igual color.

—...toda la mañana aquí metidos por culpa de su tormenta —protestaba uno de ellos que tenía largas orejas feéricas, mientras se sacaba del bolsillo una pipa para fumar.

—Ya, luego se quejan de que los molestamos con las colectas —le respondió una estudiante humana mientras prendía una astilla de madera en el fuego de una antorcha. Acto seguido, se la acercó a su compañero y le ayudó a encenderse la pipa. El aroma del tabaco al prender era acaramelado y envolvente como la esencia de vainilla.

—...se va a enterar —advirtió otro, jugueteando con una pequeña hoz de plata. Béldar observó que había más estudiantes con una hoz similar colgando del cinturón—. El primer rayo ha partido uno de los robles más viejos de la universidad. La profesora Ajenjo se ha ido al torreón de meteorología hecha una furia.

—¡Madre mía! —se sorprendió la estudiante que había hablado antes mientras recibía la pipa de su compañero—. ¡Esta vez se va a armar una buena!

Béldar trató de pasar desapercibido entre ellos. Algunos lo miraban con curiosidad. Para otros, tan solo era indiferente que él deambulase por allí. Seguro que se imaginaron que era un conserje. En cualquier caso, ninguno lo saludó. Todos estaban demasiado embebidos en las conversaciones acerca de lo que acababa de pasar esa mañana con los rayos, las centellas y los robles viejos, y aunque Béldar no leyó en ningún letrero el nombre de aquella escuela

de emblema verde, dedujo que se estudiaba en ella alguna disciplina más atractiva que en los anteriores torreones por los que había pasado.

—...otra mañana sin dar clase —se lamentó un estudiante cargado de libros. Era un *elain* gato, un chico humano con orejas felinas de color anaranjado que le sobresalían por encima del pelo de la cabeza. Parecía muy preocupado por su futuro mientras movía su cola gatuna de un lado a otro, con un gesto nervioso.

—¡Señores, por favor! ¡Un poco de silencio!

Quien dijo aquello no era un alumno, sino un brujo de barba blanca, lacia y trenzada. Portaba un sombrero verde remendado por muchas partes con retales del mismo color en distintos tonos y tipos de tela. Cuando se colocó tras el mostrador, con el gesto adusto y los brazos en jarras, Béldar se imaginó que era otro recepcionista, pero aquel, en lugar de tener una tetera de porcelana junto al tintero y el archivo, tenía una botella de licor de las nieves, solo para paladares veteranos y para gargantas recias.

Béldar abandonó tras de sí las protestas de los estudiantes y las regañinas del recepcionista y por fin llegó al tercer pasadizo. Bajó otras escaleras, atravesó un nuevo pasillo frío y oscuro, no más acogedor ni menos sucio que los anteriores, y después por fin alcanzó el vestíbulo del torreón de Historia y Archivística de la Magia. Eso mismo estaba escrito en un blasón de madera expuesto sobre el portón. Los banderines eran rojos como las cerezas confitadas y algunos estaban raídos y deshechos por el paso del tiempo.

—Hola —lo saludó una bruja desde el mostrador. Solo sumaba unas cuatro eras de edad más que Béldar, sin embargo llevaba sobre la cabeza un sombrero negro de terciopelo que, a juzgar por su aspecto, estaba recién fabricado. Y es que los estudiantes de último curso ya podían llevar su respectivo sombrero de brujo, aunque esto era algo que Béldar aún desconocía.

—Hola —le devolvió el saludo aquel sin saber cómo continuar. La antorcha, claro. Se había olvidado de que ya debía devolver la antorcha. Entonces, y con una torpeza de lo más imperdonable, Béldar alargó el brazo.

—¿Ya no la necesitas? —le respondió ella, sonriendo para disimular su confusión. Béldar negó con la cabeza y la estudiante de cuarto curso recibió la antorcha en sus manos. Las tenía pequeñas y finas. Toda ella era así, menuda y ligera. Su barbilla puntiaguda y su nariz respingona le daban el aspecto de un

gorrioncito. Cuando la estudiante colocó la antorcha en un anclaje del muro y se giró de nuevo hacia Bédar, este le preguntó:

–Disculpadme, pero, ¿dónde están los aposentos del profesor Gort? Me dijeron que preguntara aquí.

La estudiante de cuarto curso escrutó a Bédar con tal de asegurarse que no pareciera peligroso. No lo parecía, en absoluto. En realidad Bédar tenía la expresión amigable y los ojos castaños y vivos, carentes de todo aire de arrogancia a diferencia de los de muchos estudiantes de aquella universidad. Su vestimenta, la del hijo de un panadero, era sencilla y acentuaba su carácter humilde. Sí, parecía un buen chico, honrado como poco.

–Sube esas escaleras hasta que llegues al final del torreón, a la última puerta. Allí se instaló el profesor Gort desde que recibió la cátedra, aunque, si te soy sincera, no sé por dónde andará ahora mismo, si está dando una clase o si se encuentra en su taller, redactando alguna crónica.

–Muchísimas gracias, eh...

–Limy, así es como me llama todo el mundo por aquí.

Limy sonrió. Ella también parecía distinta del resto de estudiantes. De hecho, era la primera persona simpática con la que Bédar se había cruzado esa mañana.

–Muchísimas gracias, Limy.

–No hay de qué.

Y, acto seguido, Limy se dirigió de nuevo a su montaña de libros. Todavía le quedaban muchas materias que estudiar antes de diplomarse como bruja para finales de aquel curso. Entonces Bédar siguió sus indicaciones y alcanzó aquella escalera de piedra que ascendía en espiral. Cuando subió tres o cuatro pisos se topó con la última puerta, una puerta en la que había una placa de plata clavada en la que se leía:

Profesor Búbo Gort

Catedrático en Historia y Archivística de la Magia

por la Universidad de Magia de Lárzodak

Entonces Bédar respiró hondo, tres veces, y después tocó a la puerta.

O cómo se han de moler los polvos mágicos para que queden sueltos como la harina de maíz

Toc, toc, toc. Béldar tocó tres veces a la puerta del profesor Gort. Estaba tan nervioso que comenzó a sacudirse la camisa, a alisarse la capa, a retirarse los cabellos de la cara. Magnolia le había dicho que se los cortase pero él no le había hecho caso. Quería dejárselos crecer como muchos grandes brujos que se dejaban melena.

Toc, toc, toc.

Insistió. Pero el único sonido que se escuchaba a su alrededor era el del crepitar de la antorcha que iluminaba aquella parte del torreón. Quizás el profesor Gort estuviese dando clase y regresaría más tarde. En el peor de los casos, podría bajar a la recepción y esperar junto al mostrador de Limy, pues supuso que la clase práctica de Invocación de Rayos y Centellas aún no había finalizado. Y no quería que un relámpago le cayese sobre la cabeza y lo partiese en dos mitades como a ese viejo roble del que hablaban los estudiantes de la insignia verde. No durante su primer día en la universidad.

Béldar se dio la vuelta para marcharse por donde había llegado, pero justo en ese instante escuchó pasos por detrás de la puerta del profesor Gort. Volvió a ponerse nervioso mientras sentía que el brujo estaba cada vez más cerca, al otro lado de la puerta.

—¿Quién es? —le preguntó una voz severa. En realidad, Béldar no tenía ni idea de quién era Búho Gort, así que se había preparado para recibir cualquier sorpresa. Además, y visto lo visto, podría tratarse de otro profesor estirado y ufano como la profesora Papyrus. Sí, contaba con ello. Pero él quería un puesto en la universidad, aunque fuese de mozo, que al parecer era el escalón más bajo en la jerarquía de los brujos. No importaba. Béldar confiaba en su tesón y en su esfuerzo y no se detendría hasta prosperar.

—¿Quién es? —repitió el brujo, un poco más impaciente. Pues claro: Béldar se había perdido en aquellos pensamientos sobre su trayectoria futura y se había olvidado de responderle.

–Hola, señor. Quiero decir, buenos días, profesor Búho, digo... profesor Gort. Mi nombre es Bédar Estragón, hijo de Fárik Estragón, y he venido a solicitar el puesto de mozo. Me dijeron que estabais buscando a alguien.

No sabía si había sonado lo bastante convincente, diligente o sagaz. No sabía siquiera si a un profesor de magia le gustaban esas cualidades en un mozo. Al fin y al cabo, Bédar nunca había conocido a ningún brujo.

–¿El puesto de mozo, dices? –respondió el catedrático todavía detrás de su puerta, como si aquello fuese una fortaleza. Siguió a su pregunta otro momento de silencio. ¿Acaso Bédar se había equivocado de sitio? O, ¿había sido Kair, el alguacil quien le había dado una información equivocada? “¡Oh, maldición! –se dijo–. ¿Cómo no lo he pensado antes? Kair es duro de oído. Tal vez entendió algo que no es”.

Bédar empezaba a hacerse a la idea de su propio fracaso cuando, de repente, la puerta se abrió delante de sus narices. Ante él aguardaba erguido un brujo de mirada penetrante con un sombrero de color azul mar, ajustado con una tira de terciopelo blanco que se cerraba con una hebilla plateada. Iba vestido con una rara túnica azul oscuro, llena de bolsillos. Sin embargo, y a diferencia de todas las imágenes que Bédar se había construido en su cabeza sobre Búho Gort, aquel catedrático era joven. Muy joven. Quizás tan joven como él. Ahora no le cabía la menor duda: la excelencia del profesor Gort era tanta que con solo diecisiete eras de edad había obtenido una cátedra. O, ¿tal vez había utilizado algún hechizo para rejuvenecer? Tras escrutar al mozo con atención, aquel irguió la barbilla. La tenía picuda y le brotaba de ella una barba negra y larga hasta el pecho, aunque no más gruesa que un dedo. Una barba bastante escasa para un brujo que parecía pretencioso.

–¿Sois vos el profesor Gort? –le preguntó Bédar para salir de dudas.

–El mismo –afirmó. Su tez lampiña era de un tono blanco y mustio como la clara de huevo cuando se bate con poco garbo, y las facciones de su cara rectilínea tan solo acentuaban más su halo restrictivo y adusto. Aquel sería, seguro, un hueso duro de roer.

–Vengo por el puesto de mozo –repitió Bédar, haciéndole una ligera reverencia.

–Sí, ya lo sé. Pasa.

El jovencísimo profesor Gort abrió la puerta totalmente y le dio paso. Entonces, los pies de Bédar hicieron crujir una tabla suelta de aquel suelo de

madera. Una vez estuvo dentro del taller, Búho Gort volvió a cerrar y se quedó de brazos cruzados, mirándolo de arriba abajo con aquellos ojos avizores y desconfiados, más negros que el hollín de un horno de leña.

El taller era circular de acuerdo a la estructura del torreón y lo cercaba una única pared de piedra que no presentaba ni una sola esquina. Bueno, se adivinaba una pared, aunque lo cierto es que la cubrían cientos de estanterías y anaqueles en donde la sabiduría de mil brujos se recopilaba en forma de libros y más libros, botellas y frascos rellenos de ingredientes que nada tenían que ver con la harina, el azúcar y la corteza de canela. Allí dentro, de hecho, olía a dulce papel viejo y a madera antigua y maciza.

En una parte estaba el banco de trabajo, todo desordenado. En la otra, una alacena y una mesa para seis comensales, con sus respectivas sillas, tapizadas con terciopelo rojo. La mesa que el profesor utilizaba para los desayunos, las comidas y las cenas, cubierta por un mantel granate que en su día estuvo limpio, no se encontraba mucho mejor que el banco de trabajo. Sobre ella se amontonaban platos sucios, tal vez desde hacía dos noches, y también tazas con azúcar reseco al fondo, cucharillas con restos de mermelada, galletas mordidas que se habían puesto blandas y que los ratones no tardarían en robar. Lo peor era ver que sobre las migajas y los cercos secos de té con leche había apoyados libros. Sí, libros de magia, algo que a Bédar le pareció inconcebible. Jamás habría dejado su valioso ejemplar de *Hechizos menores para transformaciones sencillas* encima de aquel mantel.

Las ventanas eran estrechas y pocas. No es que penetrase mucha luz a través de ellas, sobre todo en un día de tormenta como aquel. Tal vez por ese motivo el taller estaba iluminado por varios candelabros, aunque la verdadera luz, la que daba el calor de un hogar a la estancia era la de la chimenea que había junto a un banco de trabajo. Sobre las llamas bullía un caldero de tres patas y Bédar supuso que su mentor estaría preparando alguna poción.

—¿A qué esperas, Bédar? —lo reprendió de pronto—. Hay mucho trabajo aquí, ¿sabes?

—Perdón, profesor. Ahora mismo voy a quitarme la capa para ponerme manos a la obra. ¿Qué he de hacer?

Mientras Bédar se descargaba de su equipaje, arrinconándolo junto al banco de trabajo, el profesor Gort le acercó un mortero.

—¿Ves todos esos frascos de ahí? —le indicó, señalando con un dedo a una estantería. Sus brazos eran flacos y largos. Todo él, en realidad, parecía un saco de huesos. Pero era alto, y su altura, su ropa limpia y su sombrero le daban un porte elegante. El porte de un catedrático de magia.

Los frascos que señalaba estaban llenos de hojas de plantas, de bayas, cáscaras secas de frutos y raíces. Eso, hasta donde Bédar distinguía. En otros había guardados ingredientes cuya procedencia el joven no alcanzaba siquiera a imaginar, como por ejemplo pequeños moluscos, guijarros de color azul índigo, esferas de cristal rojo no más grandes que una almendra o diminutas varillas metálicas que emanaban destellos púrpuras.

—Empieza echando una pieza de cada en el mortero y machácalos hasta que obtengas un polvo fino como la sal.

—¿Machacar? ¿Tal cual? ¿Como se machaca un ajo?

El profesor resopló, algo exasperado.

—Exacto, mozo. Tú haz lo que te digo. Para eso estás aquí.

Bédar se acercó al banco de trabajo y se puso manos a la obra con tal de obedecer a su maestro. En cualquier caso, era su primer día en el torreón y no quería causar mala impresión. No le entusiasma demasiado moler aquellas cosas. No por el hecho de molerlas, sino porque esperaba que todo, incluso la magia, tuviese un arte, una manera de proceder, un motivo, una explicación. ¡Ay, si su padre lo hubiese visto! Le habría dicho que ese trabajo no era muy diferente del que se hacía en la tahona, estaba seguro.

—Profesor, ¿qué es exactamente lo que estoy moliendo? ¿Por qué lo necesitáis?

En efecto, Bédar no pensaba conformarse. Él, ante todo, quería aprender magia, así que necesitaba saber al menos el motivo de la tarea que se le había encomendado. Sin embargo, el profesor Gort no parecía tan dispuesto a colaborar en su proceso de aprendizaje.

—Bueno —le respondió de mala gana—, así es como se hacen los polvos mágicos, ¿qué te pensabas, rayos?

Bédar no se lo había imaginado. Con sus diestras manos de panadero experto, avezadas a esa clase de trabajos, no le costó demasiado triturar todo aquello hasta que obtuvo un polvo fino, muy fino.

—Trae eso aquí —le espetó el brujo, quitándole el mortero de las manos. Desde luego, no era mucho más afable que la profesora Papirus. Ni siquiera

menos agrío que el conserje de la entrada. Cuando el profesor Gort tuvo el mortero delante de sí, examinó el polvo que Béldar había fabricado oliéndolo despacio para que no se le metiera por las narices. Después cogió una vara de madera que había encima del banco de trabajo, delgada como un dedo, y lo removió un poco. Sus cejas negras se fruncieron y miró a Béldar, ceñudo.

—¿Hace falta que lo machaque todavía más, profesor? —le preguntó el chico.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Acaso crees que algo tan valioso como los polvos mágicos se consigue así, moliendo un rato mientras se está de cháchara en el taller? Ten.

El profesor Gort, con un deje desdeñoso, colocó de nuevo el mortero en el lugar que ocupaba Béldar.

—Sigue moliendo esto hasta que yo te lo diga. La magia requiere de esfuerzo, ¿sabes? Y un trabajo mágico no sirve de nada si no se le echan horas. Vamos, a machacar.

Béldar lo creyó injusto. Sus polvos mágicos estaban depurados y sueltos como la harina de maíz. Incluso Fárik Estragón habría dado por bueno su trabajo. Pero protestar en sus circunstancias no sería, lo que se dice, comenzar con buen pie. Así que, sin quejarse todavía, continuó con su labor.

Mientras insistía en el mortero, el profesor Gort acercó más frascos al banco de trabajo. Los destapaba y después iba colocando más de aquellos raros ingredientes sobre la mesa, con mucho cuidado. Luego tomó un gran bote vacío de latón y lo puso sobre el banco de trabajo.

—Viértelos aquí cuando termines, mozo. Y no olvides machacar bien todo esto que te he añadido. Si no lo haces, el efecto puede ser desastroso.

—¿Qué efecto, profesor?

Aquella pregunta pareció incomodar al profesor Gort, que no esperaba de su mozo tanta curiosidad. Sin embargo, Béldar no vaciló. Quería una explicación para lo que estaba haciendo, una razón de ser para su trabajo. Si no la había, entonces no sería interesante continuar.

—Eso no es asunto para un mozo. Los polvos mágicos y sus efectos se estudian en la universidad, es una asignatura de primer curso. Pero solo los estudiantes matriculados pueden acceder a esa información.

Así que no se lo iba a explicar... “Estupendo”, pensó Béldar con fastidio. Comprendió pues que la profesora Papyrus y el conserje de la entrada no se

equivocaban en absoluto cuando, en lugar de mozo, lo llamaron criado. Había aceptado un puesto como criado de un brujo y ahora no podía quejarse por su suerte. Él no era un estudiante matriculado, en primer lugar porque todavía no había alcanzado la edad requerida. En segundo lugar, porque no era hijo de brujos. Y, por último y lo más decisivo de todo, porque no tenía dinero para costearse los estudios allí. En la tahona su padre le pagaba, como mucho, el cuarto de un jornal. Con sus ahorros no tenía ni para comprarse una túnica de brujo.

—Finos, más finos —insistía el profesor Gort—, o no funcionarán bien. Y Béldar, perplejo, seguía trabajando sin rendirse en aquella sinrazón, en aquel movimiento mecánico con el insulso objetivo de fabricar más polvos mágicos. A decir verdad, imbuía muchísima más pasión cuando daba forma a las hogazas de pan, antes de hornearlas, durante la madrugada.

Pasaron varios minutos. El profesor Gort deambulaba por el taller leyendo de vez en cuando un poco de algún libro que había dejado entreabierto. Béldar supuso que se estaba preparando alguna clase.

—Muy bien, mozo, viértelos en el bote. Ya están listos.

Por primera vez desde que había llegado, el profesor Gort le daba su aprobación, aunque no se podía decir que residiera mucho entusiasmo en sus palabras. Béldar se había pasado casi una hora moliendo polvos mágicos. Lo hacía con tanto ahínco que había comenzado a sudar. Entonces vertió lo que llevaba hecho en aquel bote vacío y después continuó echando en el mortero una pieza de cada de aquellos raros ingredientes que no había visto en su vida. Cogió con cuidado una de esas esferas de cristal rojo y arrugó la nariz cuando percibió cierto olor a aceite rancio.

—¿Qué es esto, profesor?

Por mucho que sus preguntas molestasen al profesor Gort, no pensaba rendirse.

—Son huevos de salamandra cocidos en poción de salvia —le explicó aquel con pocas ganas—. Son muy caros y provocan explosiones si se caen al suelo. Así que lleva mucho cuidado con ellos.

Béldar observó de cerca uno de los huevos y después lo añadió al mortero. ¿Para qué diablos servirían? Supuso que era inútil preguntar. A continuación, tomó entre los dedos una viruta de color nacarado.

—¿Y esto, profesor?

—¡Cuidado, mozo! Es corteza de abedul de plata. Crece en los jardines de la profesora Ajenjo, así que no lo malgastes. Solo nos da un poco a principio de cada curso.

—¿Quién es la profesora Ajenjo?

—Adelfa Ajenjo es la catedrática de Elixires y Pociones, en el torreón verde.

Béldar se acordó por un momento del barullo de alumnos que había en la recepción de ese torreón cuando él pasó por allí. Precisamente hablaban sobre la profesora Ajenjo y sobre que el catedrático de Meteorología Mágica había destrozado uno de sus robles más viejos al invocar un rayo. Ahora comenzaba a comprender.

—Bueno, mozo. Hasta que termines con eso, me voy a mi escriptorium. Tengo que preparar una clase de magia avanzada para los alumnos de cuarto y no puedo concentrarme con todas las preguntas que haces, rayos.

El profesor Gort dio media vuelta y, cargado con varios libros sobre sus flacos brazos, comenzó a subir unas escaleras que sobresalían de la pared. Hasta ese momento, a Béldar le habían pasado inadvertidas. Las escaleras ascendían a lo alto del todo, donde se abría una pequeña abertura en el techo. Allí arriba había otro piso más. Las pisadas del profesor Gort acompañaron el silencio de la estancia, interrumpido solo por el crepitar del fuego, hasta que Béldar lo perdió de vista. Una vez en el piso superior, el sonido metálico de un cerrojo hizo comprender al joven que su mentor había desaparecido tras otra puerta: la de su cámara privada, tal vez. Entonces Béldar se quedó completamente solo allí abajo, con la lumbre y con la multitud de artilugios e ingredientes dispares, con los frascos y los libros que parecían mirarlo por encima del hombro, como si le preguntaran “¿Qué haces tú aquí?”.

Una vorágine de aromas distintos entremezclados había colonizado desde hacía largo rato sus fosas nasales, así que ahora todo le olía a lo mismo: a rancio, a madera y a ruda. Al contrario de lo que habría esperado esa misma mañana, cuando abandonó la tahona de su familia con aire triunfal, Béldar se sentía estúpido y vacío. ¿De verdad querría dedicar su vida por entero a aquel oficio desaliñado y monótono? No se imaginaba moliendo polvos mágicos durante el resto de su existencia. Antes volvería a la tahona y se arrastraría ante los pies de su padre para suplicar su perdón por haber desertado.

De pronto vio su libro de *Hechizos menores para transformaciones sencillas* apoyado sobre su fardo, en un rincón del suelo. En ese libro, en sus páginas, en sus tapas y en las letras que tenía escritas estaban depositadas todas sus ilusiones de la infancia. Lo había releído en decenas de ocasiones mientras soñaba con convertirse en un brujo de oficio, en un brujo espectacular. Ahora, además, sabiendo que incluso el autor de ese libro había desaparecido del mapa, todo su sueño se le venía encima con el peso de la decepción. Al parecer, la magia no era todo lo bonita que pensaba. Durante esa mañana en la universidad aún no se había topado con nadie que ejerciera su trabajo mágico con verdadera vocación. Solo Limy, la estudiante de la recepción, había sido amable con él, aunque para ser sinceros no parecía una bruja de las que hacen leyenda, sino una intelectual destinada a perderse hasta el fin de sus días entre montañas y más montañas de archivos históricos. “Mañana me iré”, decidió Béldar al final, pues Búho Gort tan solo era un brujo apagado y frío al trato y, al fin y al cabo, moler polvos mágicos o almendra con azúcar era casi la misma labor.

Toc, toc, toc. Llamó alguien a la puerta desde fuera. Béldar detuvo sus manos y luego dejó el mortero sobre el banco de trabajo. Dudó de si debía abrir él, pues el profesor Gort no parecía tener la intención de bajar de su cuarto privado.

—¡Ya voy! —resolvió, dirigiéndose a la puerta. Pero antes de que pudiese poner la mano sobre el picaporte, alguien abrió desde el exterior, alguien que poseía la llave del taller. ¿Sería Limy?

—Buenos días —lo saludó otro brujo, igual de sorprendido que él. Su sombrero negro se ajustaba con una cinta de raso rojo, y su barba, tupida y abundante, era del color tostado que tiene la tarta de zanahoria. Casi le llegaba por el pecho y le daba el aspecto de un león. Pero no el de un león fiero y desconfiado, sino el de un león afable y generoso, demasiado viejo como para abalanzarse sobre su víctima. Además, por su corpulencia y sus andares, parecía un oso recién llegado de los bosques.

—Mi nombre es Béldar Estragón —se apresuró a presentarse Béldar, tendiéndole una mano—, y soy el nuevo mozo del catedrático Búho Gort.

—No me digas, ¿en serio? —se extrañó el brujo, abriéndose el cuello de la capa para quitársela—. Y, ¿dónde está él, si puede saberse?

Béldar se puso nervioso. Quería ser educado con los camaradas de su mentor, sobre todo porque sabía que aquellos eran brujos de alto estatus. Pero, por otro lado, no sabía si lo más adecuado era molestar al profesor Gort, que en esos momentos trabajaba duro en su escriptorium.

—Está arriba, señor, pero ha pedido que no se le moleste. Al parecer, está preparando una clase de magia avanzada para alumnos de cuarto curso. ¿Queréis que lo avise de que estáis aquí?

El brujo que unas veces parecía oso y otras león, se rio por lo bajo. El caso es que todo aquello parecía hacerle mucha gracia. Béldar no sabía si se reía de él, como habían hecho ya el conserje, la profesora Papyrus y Peonía, la repelente recepcionista del torreón dorado.

—No te preocupes, mozo. Subiré yo mismo. El profesor Gort y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Pero...

Béldar ya no sabía qué más decir para impedirlo. En realidad, no había nada que él pudiese utilizar contra un brujo de la categoría de aquel, otro catedrático. Así que, sintiéndolo mucho, dejó que el recién llegado subiese las escaleras.

—No te angusties, joven, de verdad —trató de consolarlo el supuesto intruso, con una sonrisa jocosa. Realmente, parecía muy seguro de lo que estaba haciendo, daba igual que allí arriba hubiese un gran hechicero trabajando o un hambriento troll arrancacabezas. Subía las escaleras levantando poco los pies, como si le pesaran mucho. De hecho, era todo él quien pesaba bastante. Ascendía con calma, deslizando una mano sobre la barandilla de madera de aquella estrecha escalinata, disfrutando del momento como si se estuviese preparando para darle una sorpresa a su anfitrión. “A Gort no le va a gustar...”, se lamentaba Béldar frotándose las manos, muy nervioso.

Entonces llegó el momento fatídico, el momento en que el brujo de la barba leonina osó tocar a la puerta de los aposentos de Búho Gort. Toc, toc, toc. Y lo hizo como quien toca a la puerta de su propia casa. Desde luego, su desfachatez superó todas las expectativas de Béldar, que lo observaba desde abajo con incredulidad. No se había dado cuenta, pero se le había quedado abierta la boca.

—¿Qué quieres ahora, mozo? —protestó el profesor Gort desde el otro lado de la puerta, todavía cerrada—. ¿No te he dicho acaso que no me molestases?

Descorrió los cerrojos con ira mientras profería maldiciones.

—¡Rayos! —se quejaba—. ¡Tormentas!

Sin embargo, el brujo que andaba como un oso no se quedó impresionado en absoluto. Es más: resopló con resignación y, después, volvió a tocar a la puerta. Sí, al parecer debían de tener un trato muy cercano. La otra posibilidad era que aquel hechicero fuera el más insolente y osado del mundo. “Molestar a un catedrático —cavilaba Bédar—, qué barbaridad”. Justo entonces, el profesor Gort abrió la puerta de su habitación dando un tirón desde dentro. Su gesto furibundo no prometía nada bueno.

—¿Se puede saber qué...?

Pero cuando descubrió de quién se trataba, no pudo continuar hablando. Le temblaba el labio y hasta comenzó a tartamudear, como si ese brujo con barba de león le diese mucho miedo.

—Pro... Pro... Profesor Gort —dijo entonces, con un hilo de voz—. No os esperaba hasta la hora de comer...

O cómo se utiliza de manera correcta un sombrero de brujo

–Góldork no es un mal chico, solo hay que conocerlo bien –lo excusaba Búho Gort, el verdadero Búho Gort, ese brujo enorme y pelirrojo, con andares de oso y barba de león. A pesar de eso, no había reprendido a su aprendiz con ningún rugido ni nada que se le pareciese. Ni siquiera había levantado la voz. Simplemente lo había mandado a su habitación y lo había castigado a pasarse todo el día moliendo polvos mágicos, por haber engañado a Béldar y por haberse hecho pasar por quien no era.

–¿Él es vuestro aprendiz? –le preguntó Béldar mientras Búho preparaba un poco de té.

–Así es. Algunos estudiantes, antes de tener la edad para entrar en la universidad, pasan dos eras de aprendizaje con un brujo maestro. Este es el segundo curso de Góldork. Para el próximo invierno tardío se matriculará en esta misma escuela, como estudiante de Historia y Archivística de la Magia.

El profesor Gort vertió el agua caliente sobre las hojas de té negro que había puesto al fondo de una tetera de hojalata. No pasó más de un instante hasta que Béldar percibió el aroma amargo de aquella bebida. Luego, Búho Gort sacó de una alacena un pedazo de bizcocho de mantequilla y partió una porción para el joven, que le dio las gracias. El bizcocho estaba duro como un ladrillo de arcilla, pero aún se podía comer. No tenía ni punto de comparación con los que elaboraba Fárik Estragón en la tahona.

–Dijiste que eras panadero, ¿verdad? –le preguntó el profesor, como si hubiese intuido lo que pensaba. Béldar se encogió de hombros, algo avergonzado. Justo iba a responder cuando Búho lo interrumpió–: Un oficio loable y hermoso. Sin duda. Pero, entonces, ¿qué te ha traído hasta mi torreón para solicitar el puesto de mozo?

–Bueno... Siempre soñé con estudiar en la Universidad de Magia, aunque no hay brujos en mi familia. Veréis, cuando era un niño alguien me regaló ese libro de hechizos que siempre llevo conmigo.

–¿Un libro de hechizos? –se sorprendió el profesor Gort mientras alcanzaba un bote de miel de roble–. ¿Qué libro, si puede saberse?

Béldar se levantó de la mesa y acudió hasta el rincón en donde había dejado apoyado su fardo. Allí estaba su libro, su único libro, su tesoro mejor cuidado. Acercó sus manos a él con suavidad y lo tomó entre ellas como quien coge a un cachorrillo que duerme, al que no se quiere despertar de un sueño dulce como el pastel de manzana. Luego, se lo acercó al brujo, quien no había perdido detalle de con qué amor trataba el mozo a su viejo libro de magia. Aquel no era un simple mozo, ni un simple panadero. Búho comenzaba a sospecharlo.

–*Hechizos menores para transformaciones sencillas...* –leyó el profesor Gort, tratando de cogerlo con tanto cuidado como había hecho Béldar–. Por Dúrik Dragonius. ¡Ay...! Mi amigo Dúrik...

Una nota lánguida afloró en su cara ancha, en su mirada de brujo sabio. Tenía los ojos azules, oscuros como dos arándanos.

–¿Lo conocisteis? –le preguntó Béldar, muy intrigado.

–Y tanto. Desde que éramos niños. Dúrik y yo nacimos en la ciudadela de Bardana. Siempre fuimos muy amigos y, cuando cumplimos dieciocho eras, nos vinimos juntos a estudiar a esta universidad. Yo opté por la Historia y él por las Transmutaciones. Pero compartíamos habitación a pesar de pertenecer a escuelas distintas. Los dos terminamos a la vez nuestra formación y casi nos concedieron la cátedra al mismo tiempo. Sí, como si fuésemos hermanos.

–¿Dónde está ahora él? La profesora Papyrus dijo que se había marchado sin despedirse.

El rostro bonachón de Búho se volvió a ensombrecer. Tras haberse recreado en los tiernos recuerdos de la juventud, la amarga noticia de la desaparición del profesor Dragonius de nuevo abatió su ánimo.

–Todo fue muy misterioso, sí. En cualquier caso, Dúrik era un tipo extravagante, un genio: tenía grandes habilidades para la magia más avanzada y, sin embargo, a veces era torpe y desastroso con los detalles más cotidianos. Solo sé que a Dúrik le apetecía mucho conocer los bosques frondosos del Este de Bardana, llevaba tiempo queriendo hacer una investigación en ellos. No es raro que se marchara sin decir ni a dónde iba, sin avisar, sin despedirse. Más bien, eso era de esperar en él. Quizás no sea nada y solo esté de expedición, quizás vuelva a su torreón cualquier día de estos como quien va a hacer una visita a su familia y luego regresa. En cambio, hay algo detrás de su marcha que me tiene preocupado, Béldar. No sé. No lo puedo evitar.

El profesor Gort bebió un poco de té y Bédar tan solo permaneció en silencio mientras reflexionaba sobre qué clase de brujo había escrito aquel libro extraordinario. Cuando Búho dejó de nuevo su taza sobre la mesa, este cogió con las yemas de los dedos las migajas de bizcocho que habían sobrado para echárselas a la boca. Algunas se le enredaron entre los pelos de la barba.

—Ahora dejemos de hablar de Dúrik y de mí, Bédar. Quiero que me cuentes por qué te interesa tanto ser brujo.

Bédar no estaba seguro de poder expresarlo con palabras. Ni siquiera sabía si existían palabras certeras capaces de explicar su rara inclinación hacia la magia.

—No lo sé. Pero sí lo sé. Lo sé desde siempre, desde que vi a una mujer en el mercado, por las Fiestas de la Siembra, cosiendo sombreros de brujo.

—Vaya, una de las Tejedoras, supongo. A ellas siempre les hago todos mis encargos. Son las mejores fabricantes de sombreros de brujo que he conocido en mi vida.

—Pero... ¿por qué es tan importante el sombrero de un brujo? Los estudiantes de magia no pueden llevarlo, ¿verdad?

Bédar recordó que Góldork, en su intento por engañarlo, se había puesto uno de los sombreros de brujo de Búho. Eso le había costado varias horas más de castigo.

—Un sombrero de brujo debe de ir sobre una cabeza con la mente despejada y las ideas bien amuebladas. Solo algunos estudiantes de cuarto curso pueden comenzar a llevarlo, como por ejemplo Limy, esa jovencita encantadora que conociste en la recepción.

—¡Ah! Es verdad. Ella lleva un sombrero negro.

—Eso es. Como te decía, el sombrero de brujo es para quienes ya conocen los preceptos básicos de la magia. Darle un sombrero de brujo a cualquier otro puede ser tan inútil como peligroso. Te diré por qué: cada brujo y cada bruja, al final de sus estudios, desarrolla algún talento especial. En ese momento, un brujo o una bruja está preparado para descubrir su hechizo magistral.

—¿Hechizo magistral?

—Sí, bueno, hechizo magistral, hechizo predilecto, hechizo primordial, súper hechizo (como lo llamáis ahora los jóvenes), etcétera... Hay muchos modos de decirlo, pero en realidad es lo mismo. Cada brujo, además del resto de conjuros que haya aprendido, tiene un hechizo propio, un hechizo personal

e irrepetible, el hechizo que mejor se le da y que pocas veces se repite a lo largo de la historia. De hecho, eso es lo que se le pide a un brujo durante su examen de fin de estudios. Si no ha conseguido desarrollar su propio hechizo magistral, no se le concede el título de brujo diplomado.

—Oh, vaya... Parece un examen difícil.

—No lo es tanto si uno se ha esforzado durante los cuatro cursos previos. Pero, bueno. Volviendo al tema del sombrero, ¿te has fijado en lo largos que son los sombreros de brujo, en todo el hueco que tienen por dentro?

—Pues... Sí. Aunque nunca he pensado que eso sirviera de algo.

El profesor Gort se rio. Su risa era poco elegante, más bien sonaba a risotada de taberna.

—Yo pensaba lo mismo. Pero no. Los sombreros de brujo están hechos para que en su interior se guarde una gran parte de ese hechizo magistral.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? ¿Te imaginas que tuvieras que guardar en tu mente un hechizo magistral durante toda tu vida? Te explotaría la cabeza. Te volverías loco. El sombrero guarda unas tres cuartas partes del hechizo magistral. El resto se queda en la memoria del brujo. Solo cuando un brujo se pone su sombrero, puede invocar su hechizo más poderoso.

Para Bédar seguía sin tener demasiado sentido. Al fin y al cabo, él no se había criado entre brujos. Había muchas cosas que no entendía bien, y puesto que el profesor se había percatado de ello, decidió quitarse su propio sombrero y colocárselo sobre la cabeza al joven mozo, que se quedó quieto como una estatua. Cuando el sombrero de Búho se sostuvo sobre su cabeza, notó como si le hubiesen colocado allí encima un pesado saco de avellanas. Pero, ¿cómo era posible? Si el sombrero estaba hueco...

—Eso que notas es el peso de mi conocimiento —le dijo el profesor—. No te angusties. Cuando pase un rato, lo sentirás más ligero.

Poco a poco, Bédar comprobó que era cierto. Su cabeza se iba acostumbrando a sostener esa presión sobre ella. Ahora su sensación había cambiado: por un momento, sintió que podía acceder a la sabiduría del profesor Gort como si fuera suya. Recibía informaciones que desconocía, todas sobre la historia de la magia y de los brujos y brujas. Allí dentro había horas y horas de lectura. También descubrió la manera de invocar algunos hechizos menores y, por un instante, hasta sintió que podría haberlos

conjurado él mismo, como si le perteneciesen. Luego, esos conocimientos quedaron atrás, en algún espacio de su mente, y entonces llegó una percepción nueva, como si en el pico del sombrero viviese un pequeño aunque furioso huracán. Béldar empezó a notar incluso que ese diminuto viento atroz agitaba los cabellos de su cabeza. Su conciencia había cambiado, él había cambiado, era como otra persona, se sentía capaz de viajar a través del tiempo...

—Suficiente para ti, joven mozo —declaró Búho irrumpiendo en sus pensamientos de repente. Béldar se sobresaltó cuando el profesor le quitó el sombrero de la cabeza, pues mientras navegaba en la sabiduría de este se había alejado bastante de la realidad. De su realidad de hijo de panadero y ahora mozo de brujo. En fin, de su realidad de no ser nadie.

—Por un momento ha sido como si yo supiera las mismas cosas que vos —dijo, todavía volviendo en sí. El brujo le sonrió, comprensivo.

—Sí, eso es lo que parece cuando te colocan el sombrero de otro brujo. En realidad, es una falsa percepción. Puede que hayas vislumbrado algunos de mis hechizos y conocimientos, incluso apuesto a que notaste un pequeño huracán girando sobre tu coronilla, ¿cierto?

Béldar asintió. Todo aquello era alucinante.

—Sin embargo —prosiguió el brujo—, no habrías podido poner en práctica ninguno de mis conjuros, no, aunque hubieras querido. El sombrero no te lo habría permitido. Ni siquiera se ha quedado ajustado al contorno de tu cabeza, ¿lo ves?

En efecto, el sombrero de Búho era demasiado ancho para Béldar. De haberlo llevado un largo rato, habría acabado cayéndose sobre su frente y tapándole los ojos con el ala.

—El sombrero sabe que no te pertenece. También siente que tus cualidades son distintas de las mías. Cada brujo lo necesita de un material diferente o de un color distinto o fruncido de un modo concreto. Y no solo eso: un sombrero de brujo sabe cuándo su portador está preparado para la magia. Si no lo estás, no funciona, aunque sea el sombrero más caro del mundo.

El profesor Gort volvió a colocarse el sombrero sobre la cabeza y este se acomodó en seguida sobre su abundante pelo leonino, como un gato que mulle un cojín para dormirse. Por un momento, incluso pareció suspirar aliviado. Desde luego, no era un objeto normal. Tenía vida propia.

—Profesor —comenzó Béldar, recordando el día que conoció a la Tejedora, cuando solo era un niño—, una vez escuché decir que las telas empleadas en fabricar los sombreros de brujo cambian según el tipo de hechizo que estos sepan practicar.

—Y quien lo dijo no se equivocaba, Béldar. Es por eso que los miembros de una misma escuela suelen llevar sombreros parecidos. Los más peculiares son los de la Escuela de Meteorología Mágica, pues llevan polvo de cáscara de huevo de dragón dentro del forro interno. Eso los protege de los rayos, como supondrás.

En realidad, Béldar no lo suponía. No tenía ni idea. El mundo de los sombreros de brujo era completamente nuevo y desconocido para él. En ese instante, y puesto que su taza de té se había enfriado un poco, mojó en ella su pedazo de bizcocho de mantequilla para que estuviera un poco más tierno.

—A propósito, Béldar... —le dijo Búho, bajando la voz—. No le cuentes a nadie que te has puesto mi sombrero. Verás: no está bien visto que los catedráticos dejen su sombrero a nadie, y menos aún a un mozo. Lo entiendes, ¿no?

Béldar tampoco comprendía aquella norma de comportamiento del mundo de la brujería, pero asintió sin más. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Bien, Béldar. Te lo agradezco. En cuanto al puesto de mozo, creo que eres perfecto. Un joven con inquietudes mágicas, ya veo. Pero, ¿por qué no esperas un poco y te matriculas en la universidad, cuando tengas la edad necesaria?

—Profesor, eso es imposible. Yo no tengo dinero, ni mi familia tampoco.

Búho se tragó otro pedazo de bizcocho y luego se cruzó de brazos, ladeando la cabeza para escrutar a Béldar con atención.

—Bueno... —murmuró—. Por el momento, trabajarás como mozo. Para el curso que viene, veré qué podemos hacer. Pero, por lo pronto, necesitas conocer esta universidad mejor que tu nombre y apellidos. Yo tengo que irme a dar una clase de Técnicas para la Redacción de la Crónica Mágica, así que Góldork se ocupará de enseñarte dónde está cada cosa. ¡Góldork, ven!

Góldork era la última persona de toda la universidad de Lárzodak con la que Béldar deseaba compartir su estancia allí. Sin embargo, creyó que era muy descortés negarse así desde un principio, nada más llegar. Al fin y al cabo, él era el nuevo.

—¡Góldork! —insistió el profesor Gort—. ¿Puedes bajar?

De pronto, la puerta del piso superior del torreón se abrió y la cabeza espigada y lampiña del joven aprendiz se asomó con timidez ante la petición de su mentor.

—¿Me llamáis, profesor? Todavía no he terminado la tarea.

Búho ya no estaba enfadado. A pesar de su imponente aspecto, en seguida se apreciaba que era un hombre con el corazón muy blando. “Demasiado blando”, pensó Béldar.

—Góldork, chico, escúchame. Baja a tomar el té y un trozo de bizcocho con nosotros.

Góldork, que se había quedado tan estupefacto como Béldar, comenzó a descender por la escalinata de piedra, temiendo un castigo peor o una nueva regañina. Pero nada de eso auguraba la mirada amistosa del profesor Gort, que se sentaba con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, con ánimo de descanso, mientras se daba palmaditas en la barriga.

—Góldork, creo que le debes una pequeña disculpa a nuestro invitado, ¿no crees?

Las palabras de Búho estaban impregnadas de un tono dulce y diplomático, pero no la mirada del joven aprendiz, que en esos momentos atravesaba a Béldar con sus ojos negros. Este, en cambio, no bajó la cabeza ni se mostró intimidado. No le daría el gusto a ese cretino.

—Mis disculpas... —comenzó Góldork—. ¿Cómo te llamabas?

—Béldar Estragón.

—Oh... Claro. Béldar es tragón. Ya se ve.

Aquel juego del lenguaje no sentó nada bien a Béldar, aunque el profesor Gort ni siquiera se había percatado. Demasiado ingenuo para ser un catedrático de magia. “Y tú, un maldito palo de escoba”, pensó el joven mozo sujetándose la lengua mientras observaba a Góldork riéndose por lo bajo. En ese momento comprendió que convivir con él bajo el mismo techo sería más duro que un examen de magia para alumnos de cuarto curso, sin embargo, haría lo posible por no enturbiar el clima de paz que el profesor Gort deseaba que reinara en su torreón. No quería decepcionar a su mentor.

—Góldork, chico, necesito que le enseñes a Béldar la universidad. Yo hoy tengo mucho que hacer.

A Góldork tampoco le gustó la idea. Miró a Bédar con cara de repugnancia y luego, girándose hacia su maestro con mucha educación, repuso:

–Profesor, os recuerdo que estoy castigado. No merezco salir de mi celda hasta que termine de moler todo ese polvo mágico que me pedisteis.

–Góldork, no seas tan duro contigo mismo. Te levanto el castigo por esta vez. Quiero que le enseñes a Bédar la universidad. Os vendrá bien a los dos tomar un poco de aire fresco y empezar desde cero.

–Pero... –. Góldork ya no sabía qué más excusas inventarse. –Tengo que ir a la biblioteca, ¿no lo recordáis? Me encargasteis que sacara unos libros para preparar vuestras clases de la semana que viene.

–Estupendo, pues que Bédar te acompañe. Así no irás tan cargado. Es una suerte que tengas un compañero, ¿verdad?

Mientras Búho rompía a reír con aquellas carcajadas tan poco comedidas, Bédar y Góldork no se quitaban ojo. El duelo solo acababa de comenzar.

–Venga, vamos, muchachos –los animó el profesor Búho, levantándose para darles sendas palmadas en el hombro–. Yo tengo que irme ya. Os veré para el té de la tarde.

Y dicho esto, el profesor Gort se recolocó el sombrero delante de un espejo con forma de óvalo que colgaba de la pared y luego se marchó seguido de sus dos discípulos, quienes preferían no mirarse siquiera mientras se frotaban con los dedos la parte de los hombros donde Búho les había golpeado con sus manazas de oso.

O cómo entablar amistad con el aprendiz más agrio, repelente, odioso y retorcido de toda la universidad

—¿Quién es el brujo que le da la mano al antepasado de nuestro rey? —preguntó Béldar para romper el hielo, justo al pasar cerca de la composición de estatuas conmemorativas que había en el centro de la universidad. No es que le interesara demasiado, pero es que Góldork y él todavía no habían mediado palabras desde que salieron del torreón de Búho Gort. Góldork, en cambio, lo primero que hizo fue observarlo con perplejidad, arqueando las cejas, desdeñoso.

—¿No lo sabes? —respondió.

—Si lo supiera, no te lo preguntaría.

Béldar sonó mordaz como nunca. Góldork, en cambio, suspiró con indolencia.

—Es el brujo Éldir IV, el rey de Bardana, en el momento en que entregó su sombrero a nuestro monarca, en señal de paz.

—¿El brujo Éldir IV? —se sorprendió Béldar—. Todavía vive, ¿verdad?

—No debe de quedarle mucho. Hace ya cincuenta eras de eso. Ahora es un vejstorio con la barba muy larga, igual que nuestro rey.

Góldork continuó caminando mientras Béldar seguía parado frente a la estatua, con la mirada fija en los rostros de aquellos dos jóvenes reyes que habían pasado ya a la historia de sus respectivos pueblos. Una historia que él no conocía del todo.

—¿Por qué le dio su sombrero? —insistió. Góldork, deteniéndose un momento, resopló, impaciente.

—¡Oh, rayos! —espetó—. ¡El sombrero no significa nada! ¡Solo es un símbolo!

—¿Un símbolo de qué?

Béldar no pensaba rendirse. Ya no por la historia de esos dos reyes, sino solo por el placer de sacar de quicio a Góldork. Este, recobrando la compostura con un deje arrogante, al fin accedió a contárselo.

—Esta universidad era la fortaleza de los primeros reyes de Bardana antes de que nuestros antepasados los venciesen. ¿Tampoco sabías lo de la guerra?

—Sí lo sabía. Pero... sigue.

Entonces Góldork resopló y, después, se puso en plan académico y articuló un timbre de voz especialmente pedante.

—Hace ahora casi doscientas eras estalló la guerra entre Lárzodak y Bardana. Se la llamó la Guerra de las Tres Lunas porque, en efecto, comenzó durante una Luna del Lobo y terminó el último día de la Luna de las Tormentas. Una guerra terrible, ya sabes. Los ejércitos de Lárzodak asediaron esta fortaleza y expulsaron a los habitantes de Bardana de aquí. El rey que entonces gobernaba nuestra tierra, conocido por todos como Brálund I el Cruel, se quedó con todos los territorios de los bardanos, quienes debieron buscar un nuevo lugar para vivir y reconstruir su pueblo. Así que se marcharon hacia las anchas lomas del Noroeste y edificaron un nuevo castillo, una nueva muralla y una nueva ciudadela. De esta manera, los bardanos volvieron a formar un reino mientras que los nuestros, los de Lárzodak, disfrutaban de sus nuevos territorios, usurpados a sus enemigos por la fuerza.

” Durante mucho tiempo, bardanos y larzodakís evitaron todo tipo de relaciones. Los habitantes de ambos reinos se odiaban a muerte, tanto que, solo si se cruzaban por el bosque, unos se enzarzaban con otros en una pelea encarnizada. Sin embargo, hace más o menos cincuenta eras, nuestro actual rey, Brálund IV, decidió firmar por fin la paz, pues, al fin y al cabo, unos y otros somos vecinos. Tarde o temprano, las gentes tienden a estar juntas, ya sea en un mercado o en una escuela o unos se casan con otros y engendran hijos. Bueno, como decía, nuestro rey decidió que sería un detalle hermoso y un acto de perdón restaurar esta fortaleza, convertirla en universidad de magia y abrirla para que todos los bardanos y los larzodakís que quisiesen pudieran estudiar juntos en ella. El rey de Bardana, Éldir IV, cuando se enteró de aquello accedió de muy buen grado. Era el momento de curar las antiguas heridas, de resolver los viejos rencores y de disolver cualquier idea de venganza. Cuentan que Éldir IV, como símbolo de reconciliación, entregó a la universidad como regalo el antiquísimo sombrero de brujo de su primer antecesor, el rey Éldir I. Se lo llamó el Sombrero de la Paz. Y, desde entonces, vivimos en un periodo de equilibrio gracias a esos dos reyes viejos que a punto se encuentran de estirar la pata. Ahora, si no te importa, ¿podemos continuar?

Béldar sabía que Góldork no le había contado aquella historia con ánimo de satisfacer su curiosidad, sino solo para alardear de lo mucho que sabía sobre las crónicas del reino, conocimientos que había aprendido con el profesor Gort. En cuanto a la historia de la guerra, a Béldar le sonaba algo, sí, pero de eso hacía ya mucho tiempo y, además, bardanos y larzodakis vivían en completa armonía, al menos desde que él tenía uso de razón. En fin, solo era un pasaje más de la historia del reino. Una tortura para quien tuviese que estudiarla.

–Y, ¿dónde está ahora el Sombrero de la Paz? –continuó preguntando.

Góldork caminaba muy deprisa y a Béldar le costaba seguirlo.

–Pues en el edificio de los rectores, ¿dónde rayos quieres que lo guarden? Allí está custodiado como un tesoro, con mil conjuros de protección que solo los ocho catedráticos juntos serían capaces de burlar.

–Entonces, es imposible robarlo, ¿verdad? ¿De qué color es? ¿Qué hechizo magistral hay dentro? ¿Tú lo has visto alguna vez?

Góldork, sin dejar de caminar, puso los ojos en blanco y musitó alguna maldición. Aquel panadero tragón era más pesado de lo que se temía.

–¿Quieres dejar de preguntar? Pareces nuevo.

Béldar, ante la evidencia, se encogió de hombros. Se produjo silencio entre ellos, un silencio incómodo. Pero no pasó ni un minuto hasta que Góldork se decidió a responder:

–Claro que lo he visto, cientos de veces, ¿sabes? Es de color morado y tiene abrochada una banda dorada alrededor de la copa.

Béldar comprendió de nuevo que Góldork no le contestaba por hacerle un favor, sino para regodearse de su mérito personal.

–Yo quiero verlo, ¿podríamos ir a ese rectorado, como se llame?

–¿Tú, al rectorado?

Góldork profirió una carcajada irritante. En ese momento, a Béldar le habría encantado empujarle para que se cayese en una fuente circular de piedra que estaba a solo unos metros de ellos.

–¡Tormentas! Tú no puedes entrar al rectorado. Ni siquiera eres un aprendiz –le explicó Góldork escrutándolo con altivez–. Yo, en cambio, vengo de una noble familia de brujos. He entrado y he salido del rectorado desde que aprendí a caminar. Me conozco de memoria cada detalle del sombrero del rey Éldir I. Si fuera un tejedor, hasta podría fabricar una réplica.

El joven aprendiz siguió adelante y Bédar fue tras él, con cara de pocos amigos. “Así que aquí, si no eres hijo de alguien importante, no eres nadie”, se dijo, desanimado. Pasaron un largo rato sin hablar. Góldork hacía ondear con sus andares su túnica de aprendiz. Se notaba que era nueva, que estaba confeccionada a medida para él con tela de la mejor calidad y que los respuntes de sus muchos bolsillos se habían rematado con estilo. Bédar, en cambio, llevaba su mejor camisa blanca y, aun así, atraía las miradas de los estudiantes y profesores que se cruzaban con ellos, miradas curiosas, burlonas, desdenosas... A Góldork le avergonzaba que caminase a su lado, por eso se daba mucha prisa para ir dos o tres pasos por delante, pero Bédar, que se había dado cuenta, decidió correr tanto como aquel.

Pasaron junto al torreón que tenía los banderines de color naranja. En el muro había colgado un tablón que decía:

Los alumnos de tercer curso que no hayan asistido hoy a la excursión para estudiar a las mantícoras en su hábitat natural deberán justificar su ausencia ante el profesor Mirlo blanco durante la próxima clase. Buena suerte.

Departamento de Estudios sobre Criaturas Peligrosas

—Vaya, ¿qué es lo que estudian aquí? —preguntó Bédar, asombrado por aquel letrero. Ignoraba que hubiese mantícoras cerca de Lárzodak. Góldork remugó algo entre dientes, exasperado.

—¿Es que no eres capaz de suponerlo por ti mismo, truenos?

Bédar le arrojó una mirada afilada.

—Yo no he estado nunca en una universidad de magos, sabelotodo —le respondió, mordaz.

—Es el torreón de la Escuela de Zoología y Criaturas Mágicas. Y, ahora, deja ya de hacer preguntas, panadero.

Góldork continuó caminando hacia el frente y Bédar aceleró el paso. Miles de insultos, cada uno peor que el anterior, se iban amontonando en su mente, resbalándose hacia la punta de su lengua, que se mordía todo el tiempo para no dar una contestación terrible a Góldork y comenzar una guerra que no tuviese vuelta atrás. No, no debía decirle nada. Se tomaría un tiempo para pensar y tal vez después de unos días descubriría en aquel aprendiz arrogante esa bondad oculta de la que le había hablado el profesor Gort. Muy oculta, por cierto.

Prosiguieron. Pronto atravesaron un paseo porticado que cruzaba un hermoso jardín de tonos ocres. Había allí manzanos tan antiguos como el pan y castaños gigantes donde bien podría haber reposado un dragón agazapado. Dos estudiantes enamorados conversaban en un banco de piedra, sentados muy cerca el uno del otro. Ambos lucían una insignia de color azul. De repente sonó un cuerno que se escuchó por toda la universidad y del torreón más cercano comenzó a surgir una marabunta de estudiantes con manzanas y panecillos en las manos. Entonces Góldork cambió el rumbo de sus pasos y giró bruscamente en otra dirección.

—¡Eh! ¿Qué pasa? —le preguntó Béldar. Pero Góldork se alejó de él deprisa—. ¡Eh! ¡Espera!

—¿Quieres no armar tanto jaleo?

—Pero... ¿Por qué cambiamos de camino?

Góldork bajó la cabeza y miró al suelo, como tratando de pasar desapercibido. Solo se detuvo cuando llegó junto a un seto y se colocó detrás de este.

—¿Por qué te escondes?

—Son alumnos de mi padre. Venga, vámonos, rayos.

—¿Tu padre? ¿Tu padre trabaja aquí? No entiendo nada, ¿por qué no pueden verte?

—¡Hay que explicártelo todo, tormentas! —exclamó el aprendiz—. En fin, claro, tú no sabes nada sobre el mundo intelectual. A ver, Béldar: mi padre y yo, mientras estamos en la universidad, somos desconocidos. No nos saludamos, no nos miramos, no nos hablamos, o los demás podrían pensarse que tengo privilegios aquí por ser el hijo de un catedrá... ¡Oh, no! ¡Rayos, truenos y centellas! ¡Te he dado demasiada información!

Mientras Góldork se echaba las manos a la cabeza, Béldar buscaba con la mirada a un brujo con sombrero negro entre una muchedumbre de alumnos con insignia azul.

—Así que eres hijo de uno de los ocho catedráticos...

De pronto, Béldar se fijó en un hombre alto y espigado, de rostro lampiño excepto por una larga perilla lacia que le crecía en la barbilla picuda. Ya había visto a ese brujo una vez, cuando era un niño, en el tenderete de las Tejedoras. Sí, no le cabía duda, era él. Entonces, y sin saber cómo, ató todos los cabos mientras recordaba quién era aquel profesor de porte grandioso.

—El profesor Rocaliquen —concluyó—. Así que tú eres su hijo, Góldork Rocaliquen.

—¡Cállate! ¡Nadie debe oírte!

—Nos oirán si sigues chillándome, estúpido.

Góldork se cruzó de brazos, malhumorado, mientras Béldar se asomaba de nuevo a través del seto para seguir observando al alto catedrático Rocaliquen, que llevaba un sombrero negro con una banda de color azul alrededor de la copa. El mismo sombrero que, cuando era niño, vio que le compraba a la Tejedora. En torno al profesor, había varios alumnos de tercer y cuarto curso, algunos ya con su propio sombrero, solo que sin banda. La mayoría tenía la ropa empapada e incluso algunos llevaban manchas de hollín por la cara y restos de hojas enredados en el pelo. Béldar supuso que todos esos habían asistido a la clase de Invocación de Rayos y Centellas de esa mañana.

—¡Eh, Góldork! ¡Espérame! —exclamó Béldar al percatarse de que casi había perdido de vista a su compañero. El aprendiz se encontraba al otro lado de los jardines, que en un momento se habían llenado de estudiantes que devoraban sus almuerzos.

—¡No pronuncies mi nombre! —respondió Góldork, áspero, como siempre.

—Vale, está bien. ¿Cómo he de llamarte?

—¡No me llames!

Aquel aprendiz era verdaderamente insoportable. Un insolente, un niño mimado. Y Béldar se conformó. Lo hacía por el profesor Gort, lo hacía porque formaba parte de sus obligaciones como mozo. Nada más. Para el cambio de luna recibiría una paga y Góldork tan solo sería uno de más de los gajes del oficio.

Cuando los jardines porticados quedaron tras ellos, divisaron la fachada de la biblioteca, sita en la parte central de la fortaleza. Desde fuera se veía majestuosa, con las cornisas llenas de gárgolas de piedra que parecían querer despellejar vivo a quien osara salir de allí con un libro robado. Tenían alas que les brotaban del lomo, garras con espolones, dientes como navajas y ojos infernales. A Béldar incluso le infundieron respeto. Pensó que, alguna vez, si iba solo y de noche por allí, esas gárgolas podrían darle hasta miedo.

—...que una vez cobraron vida, durante la Guerra de las Tres Lunas, y salieron volando por encima de las cabezas de los soldados de Lárzodak.

Béldar se fijó en quién contaba aquello. Era un estudiante de cuarto curso. Lo supo porque este llevaba un sombrero como el de Limy, totalmente negro, y por debajo del ala se le veían las largas orejas de duende. Por la insignia de color rojo, Béldar terminó de comprender que era un estudiante de Historia y Archivística y que en esos momentos explicaba algún suceso acerca de esas gárgolas a otros estudiantes más jóvenes. Béldar quería seguir escuchándolo.

—Vamos —lo instigó Góldork, quien miraba al estudiante con expresión aburrida.

—¿De verdad las gárgolas cobraron vida? —le preguntó Béldar, estupefacto. Góldork resopló. Pues claro: él había escuchado esa historia miles de veces.

—Sí. Los bardanos hicieron un conjuro y las gárgolas participaron en la guerra. Eso es todo. Vamos.

Góldork se dirigió al gran portón de la biblioteca, custodiado por dos alguaciles que miraban al frente, sin inmutarse ni saludar. Béldar pensó que las gárgolas de piedra que había sobre la fachada de la biblioteca estaban más vivas que aquellos dos.

—Ahora no hables, ¿vale? —le advirtió Góldork cogiéndolo por un brazo para que le prestase atención—. En la biblioteca está absolutamente prohibido abrir la boca.

—Eso ya lo sé —le respondió aquel, con acritud. Puede que nunca hubiera visitado una biblioteca, pero esa norma, la de no hablar cuando se permanecía dentro de una, era tan obvia como que la masa de los bollos no se podía pasar de fermentación.

Cuando Góldork hizo el amago de abrir el portón de la biblioteca, uno de los alguaciles se echó a un lado para dejarlos pasar. Bastó el momento que el aprendiz tardaba en hacerlo para que Béldar aprovechara un poco más de aquella clase de historia que ese estudiante de cuarto estaba impartiendo frente a la fachada de la biblioteca. Le pareció fascinante conocer aquellos sucesos. Y, no solo eso, le atrapó la pasión y el fervor con que aquel joven estudiante de último curso explicaba ese fragmento de la historia de Lárzodak, con tanta emoción y con tanta solemnidad como si él mismo lo hubiese vivido en sus carnes, como si él mismo se hubiese visto metido en aquella batalla antigua.

–Vamos –le insistió Góldork, ignorando la clase de historia. Entonces Bédar lo siguió hacia el interior de la biblioteca sin poder dejar de pensar en la poca vocación que su compañero demostraba por la disciplina que había elegido estudiar. Tal vez, y a pesar de todo, Góldork se había equivocado de escuela. Pero eso era algo sobre lo que Bédar, visto lo visto, no tenía nada que opinar.

O cómo salir de una biblioteca mágica sin acabar en un calabozo

—No hables, no toques nada y no me dejes en ridículo —advirtió Góldork a Bédar en un susurro nada más pisar el vestíbulo de la biblioteca. Bédar no asintió, solo arqueó las cejas con resignación—. Ahora, sígueme. El profesor me ha encargado que le llevemos varios libros. Me tendrás que ayudar.

A mano derecha, desde un mostrador ancho de madera de cerezo, una mujer los miraba con el dedo índice puesto sobre los labios. Era una de las bibliotecarias, tal vez la más vieja de todo el gremio, con el rostro adusto y cruzado de arrugas. Su sombrero de bruja era de color gris oscuro, casi parduzco, uno de esos colores que no se sabe muy bien cómo se los ha de llamar o describir. Detrás de ella había unas estanterías que llegaban hasta el techo, es decir, que medían cuatro veces o cinco lo que cualquier estudiante, y absolutamente todos sus huecos estaban llenos de libros que otros dos bibliotecarios, no mucho más jóvenes que la veterana, se afanaban en clasificar. Uno portaba también sombrero gris y el otro se lo había quitado un momento para limpiarse el sudor de la frente. Por un hueco de la túnica, de la parte baja de la espalda a ambos les salía una larga y fina cola de roedor. Eran *elains* ratón, y Bédar sabía que tenían muy buena fama como bibliotecarios. En ese instante, llegó otro más hasta el mostrador con un sombrero igual al de sus camaradas, aunque este era mucho más joven. Los otros bibliotecarios empezaron a construir una columna de libros sobre sus brazos y, cuando al joven *elain* ratón le llegaron hasta la nariz, se dio media vuelta y se adentró entre los cientos de estantes para devolver cada uno a su lugar correspondiente.

A mano izquierda, justo al otro lado del mostrador, estaba la biblioteca propiamente dicha. Allí se abrían pasillos y más pasillos tan estrechos como para permitir el paso a no más de dos personas juntas. Las grandes vidrieras y los ventanales de las fachadas servían para que la luz del día se vertiese sobre aquella inmensa estancia, ya que los bibliotecarios eran reticentes a utilizar

lmparrillas, candelabros o cualquier otro foco de luz que se prendiese con fuego. Por esta razón, en cuanto comenzaba a atardecer solo los estudiantes que tuviesen visión nocturna, como por ejemplo los *elains* gato, podían hacer algo de provecho allí. No obstante, cuando el cielo se ponía del todo oscuro las puertas de la biblioteca se cerraban hasta el día siguiente a primera hora de la mañana.

Góldork se dirigió a una sección coronada por un letrado que rezaba: Historia Antigua. Béldar, que lo seguía, descubrió que había muchos otros letrados como aquel a lo largo y ancho de la biblioteca, y supuso que cada uno especificaba a qué escuela pertenecían los libros de los estantes correspondientes, como por ejemplo Meteorología Mágica, Artesanías y Objetos Mágicos, Estudios sobre Dragones y otros muchos. En el centro de la biblioteca había dispuestas algunas mesas tan largas como las que se utilizan en los banquetes de boda de los reyes y grandes señores. Probablemente, y puesto que la universidad entera fue un antiguo castillo, las habrían restaurado para que los estudiantes las utilizaran. En ellas había sentados muchos alumnos vestidos de negro, algunos de ellos con sombrero. Béldar los observó y ahogó un grito al descubrir que precisamente esos, los de cuarto curso, no tenían boca. Nada, ni siquiera una arruga o una marca. No, no. Por debajo de sus narices no había nada.

—¿Quieres dejar de hacer tonterías? —lo reprendió Góldork procurando no levantar la voz. Al ver a Béldar así de agitado con los ojos centrados en los estudiantes de cuarto, entonces Góldork comprendió—. Es un simple hechizo para no hacer ruido. Ya está.

Béldar prefirió no aportar nada más para no molestar a los que leían y estudiaban con tanto empeño en aquellas mesas. Después, Góldork le dio una nota escrita en un trozo de papiro.

—Tú encárgate de buscar estos. Yo cogeré los demás.

Góldork se marchó hacia otra sección y Béldar leyó la nota en voz muy baja:

—*Los primeros pobladores de Lárzodak y Bardana*, por Erina Dolmen. *Folklore y costumbres de las costas de Lago Ondina*, por Férnik Menhir. *La dinastía Frig*, por Elgah Gardenia.

“Bien, vamos con ello —pensó después—, ¿cómo se busca aquí?”. Se detuvo durante un buen rato frente a una de las estanterías. Comenzó a leer

los títulos de los libros, impresos en sus lomos, uno por uno. Encontró de milagro *Folklore y costumbres de las costas de Lago Ondina* y en seguida lo sacó de donde estaba. Sin embargo, y por más que buscaba por la letra *L*, no veía los otros dos. Debía de haber un error en la clasificación.

Volvió al punto de partida. Comenzó a buscar desde donde empezaba la *L* en la sección de Historia Antigua, pero seguía sin verlos. Decidió ir recorriendo los lomos de los libros con el dedo índice, para asegurarse de que no se había dejado ninguno por comprobar. Pero, justo en ese momento, sintió el ardor de un pequeño mordisco.

—¡Ay! —se quejó al descubrir una pequeña gota de sangre sobre la yema de su dedo. De repente, todos los estudiantes se giraron para arrojarle una mirada severa. A la vez que eso ocurría, un sonoro sonido sibilante llegaba desde el mostrador, donde la bibliotecaria veterana le ordenaba guardar silencio con gesto reprobatorio. Béldar se disculpó en voz baja. Luego se dio cuenta de que era mejor que se callara. Pero, volviendo a la yema de su dedo, ¿por qué le sangraba? ¿Acaso los libros de esa biblioteca mordían?

—¿Te crees que puedes manosear los lomos de esa manera, novato? —le susurró una vocecilla desde la estantería. Béldar buscó con los ojos a su interlocutor y cuál no fue su sorpresa cuando se topó con un pequeño ratoncillo gris que, apoyado sobre sus patas traseras, alzaba una de sus manitas rosas para reprenderle. Ahora sí que se estaba volviendo loco de verdad, ¿desde cuándo entendía la lengua de los ratones?—. Sí, es a ti. Sé que me has oído. No puedes toquetear así los libros, ¿lo sabías?

—No... —se disculpó el joven como mejor pudo—. No lo sabía.

En ese momento, el joven bibliotecario se asomó a aquel pasillo. Ahora que ya se había descargado de todos los tomos que debía colocar en sus respectivos lugares, se le veía por fin la cara. Tenía los ojos pequeños y las mejillas salpicadas de pecas.

—¿En qué te ayudo, chico? —le preguntó a Béldar en susurros. Al hablar se le veían los dientes de delante, largos y saltones, como los de un roedor.

—Ya estoy yo con él, Tess —le respondió el ratón. Tess, al ver al ratón, asintió con naturalidad.

—Ah, vale —dijo. Y después se marchó como si nada hacia el mostrador, donde lo esperaba otra columna de libros por colocar. Entonces el ratón, dirigiéndose de nuevo a Béldar, le preguntó:

—A ver, dime, ¿qué libros buscas? Estás en la sección de Historia Antigua. La sección de Traducción está más para allá, ¿quieres que te acompañe?

—No. Yo busco libros de Historia, no de Traducción.

El ratón se sorprendió un poco mientras escrutaba a Bédar de arriba abajo.

—¿En serio? Pensaba que eras alumno de primer curso de la Escuela de Traductores e Intérpretes.

—Ah, ¿sí? Y eso, ¿por qué?

—Pues porque estás hablando conmigo, chico. ¿Te crees que todos aquí pueden entenderme?

Bédar se quedó pensativo. Aquel ratón, de hecho, parecía un ratón serio, no creía que le estuviese tomando el pelo. Reflexionó entonces sobre las veces que había creído entender el lenguaje de otras criaturas, como por ejemplo a las arañas que acompañaban a la Tejedora de sombreros de brujo, incluso a la piedra redonda a la que pintó en una ocasión la cara de su padre, cuando todavía ensayaba el discurso con el que se despediría de la tahona para irse a estudiar magia. Quizás, al fin y al cabo, no fuera el simple hijo de un panadero.

—Y, ¿bien? —insistió el ratón con un deje impaciente—. Chico, tengo trabajo. Dime, ¿qué libros son?

—Son estos —le respondió Bédar entregándole la nota escrita por el profesor Gort—. Los he buscado en la *L*, pero...

No había terminado de decirlo y el ratón ya le había quitado la nota de las manos. La leyó, se la colocó debajo de uno de sus bracitos y, rápidamente, bajó entre los estantes, correteando y dando pequeños saltitos, hasta que dio con el primero de los libros, en la letra *P*.

—Cógelo, chico —indicó a Bédar señalando el lomo de un libro donde estaba escrito *Los Primeros Pobladores de Lárzodak y Bardana*.

—Muchas gracias, ratón.

—Lord Ratón —lo corrigió aquel.

—Muchas gracias, Lord Ratón. Parece que el libro estaba en un lugar equivocado, por eso no lo encontré.

—Ah, no, chico. El único que estaba equivocado eras tú. Mira: cuando busques un libro por su título, quítale el artículo de delante.

—¡Ah! Ya sé —asintió Bédar, feliz por lo que acababa de aprender—. Así que este otro, *La dinastía Frig*, he de buscarlo por la *D*, ¿verdad?

—Eso es. Mira.

Antes de que Béldar tuviese tiempo de continuar la búsqueda, Lord Ratón se había desplazado con su habitual agilidad hasta la letra *D*. Apenas Béldar avanzó hasta allí, el ratón de biblioteca ya le señalaba el lomo del libro que debía coger.

—*La dinastía Frig*, por Elgha Gardenia. Aquí lo tienes.

Béldar, maravillado por las habilidades de aquel ratón, cogió aquel otro libro con mucho cuidado, pues no quería llevarse otro mordisco. Ahora que ya tenía los tres, se quedó mirando a Lord Ratón, como esperando tener que cerrar algún trato.

—Ya está, joven. Tú tienes tus libros, yo me quedo la nota. Eso es todo. Hasta la próxima.

Justo entonces, Lord Ratón comenzó a comerse el trocito de papel con voracidad, llenándose el buche con él mientras lo hacía trizas con sus dientes. A Béldar le pareció gracioso. De pronto recordó que una vez hubo un ratón viviendo en el obrador de la tahona, en un agujerito de la pared, junto al horno. Béldar, que era un niño por aquel entonces, le daba pan duro y, a veces, hasta azúcar. Su padre, sin embargo, iba loco por matarlo de un escobazo. Una vez Béldar, cuando estaba solo allí de madrugada, le dijo al ratón que se marchase porque, si no, acabaría aplastado debajo de una escoba de retama. Desde entonces, el ratón no volvió a aparecer. Ahora comprendía que, seguramente, ese ladronzuelo de pan duro había entendido sus palabras.

Un estudiante se acercó. Era de la Escuela de Historia y Archivística. Le mostró un papel a Lord Ratón lleno de nombres de libros apuntados a pluma y el roedor de inmediato se lo quitó de las manos y se puso a buscar por toda la estantería. Béldar supuso que aquel estudiante no conocía el lenguaje de los ratones, pues ni siquiera medió un saludo con Lord Ratón.

Góldork, por su parte, se hallaba dos pasillos más al fondo, ojeando en la Sección de Archivística. Béldar podría haber ido a echarle una mano, pero no le apetecía en absoluto, así que, mientras esperaba, se dedicó a curiosear. En las largas mesas de estudio los estudiantes ya casi no cabían. En los pasillos continuos había más alumnos buscando libros. Un *elain* búho se metió en la Sección de Zoología y Criaturas Mágicas. Allí había otro ratón deambulando de estante en estante, pero no era Lord Ratón. Al parecer, había muchos ratones de biblioteca trabajando allí, sin embargo los libros no estaban roídos

ni mordisqueados ni olían a rancio, como huele la orina de roedor, así que Bédar supuso que aquellos asistentes de biblioteca cuidaban aquellos libros como si fueran sus tesoros. No tenía más que recordar el mordisco que se había llevado hacía solo unos minutos.

Luego, el joven se dio la vuelta y, al hacerlo, ante sus ojos se mostró la Sección de Transmutaciones. Entonces, empujado por una rara curiosidad, avanzó hacia aquel pasillo, ojeó los lomos de los libros y, de pronto, descubrió con grata sorpresa que el nombre del profesor Dúrik Dragonius, el mismo que había escrito ese viejo manual de hechizos que llevaba consigo a todas partes desde que era un niño, aparecía junto a decenas de títulos. Tuvo la sensación de que aquel genio desaparecido llevaba toda la vida a su lado. Era un sentimiento entre extraño y nostálgico el que le despertaba leer su nombre. Entonces, y no comprendiendo el por qué, alargó el brazo para coger alguno de los libros que aquel catedrático había escrito. Daba igual cual fuera, cogería uno y leería la primera página, o la última. Su mirada se centró en uno titulado Transformarse desde la esencia. No tenía la menor idea de qué se encontraría en sus páginas ni de a lo que se refería Dragonius con la esencia, pues Bédar las únicas esencias que conocía eran las de vainilla y azahar porque Fárik Estragón las añadía siempre a sus pasteles. En cambio, deseaba coger ese libro, sacarlo del estante, abrirlo y...

—Nos vamos —susurró Góldork a su lado. Bédar encogió el brazo, avergonzado. No quería que el tonto aprendiz de Búho Gort lo descubriese curioseando en los libros de Dragonius, pues eso le acarrearía, seguro, horas añadidas de burlas. Además: él era un mozo. Tal vez ni siquiera tuviese derecho a llevarse un libro de aquella biblioteca para leerlo en sus ratos libres.

Sin replicar, Bédar echó a caminar detrás de Góldork, quien iba cargado con seis libros de distintos tamaños, con tapas de colores diferentes y encuadernados de maneras dispares. Aunque todos olían a lo mismo: a libro, a ese aroma dulzón y amaderado que, cuando se huele, se transforma en un abrazo.

Atravesaron la parte central de la biblioteca, donde unos estudiantes se levantaban de la gran mesa para ceder sus sillas a otros que acababan de llegar. Lo único que permanecía todo el tiempo allí eran los libros que todos y cada uno de ellos debían leer para aprenderse la lección.

Finalmente, Bédar y Góldork llegaron ante el mostrador. La bibliotecaria veterana atendía a un par de jóvenes estudiantes atolondradas de la Escuela de Elixires y Pociones que lucían una recién adquirida insignia verde. Eran novatas. Detrás de ellas esperaba un estudiante de cuarto, de los que llevaban sombrero. Sostenía más de quince libros sobre sus brazos y daba la sensación de que se le fuera a desmoronar aquella torre de sabiduría de un momento a otro si ningún bibliotecario lo atendía de inmediato. Dándose cuenta de ese hecho, uno de los ayudantes de la vieja bibliotecaria dejó cuanto hacía para dirigirse al alumno.

—Nombre y apellidos, por favor —le preguntó, en voz muy baja, mientras sacaba un archivador, una pluma y un tintero. El estudiante, en primer lugar, dejó su carga sobre el mostrador. Bédar descubrió que era uno de esos que no tenía boca y al verlo tan de cerca se sobrecogió. Justo en ese instante, el estudiante de cuarto curso se dio unos golpecitos con las yemas de los dedos justo en el hueco donde deberían haber estado sus labios. Repitió ese gesto dos veces más y, por arte de magia, su boca volvió a dibujarse debajo de su nariz, pero cuando quiso abrirla para responder al bibliotecario, lo primero que surgió de ella fue un profundo e indecoroso bostezo. El bibliotecario, sin embargo, no le reprochó nada. Ni siquiera pareció molestarle.

—Por aquí, por favor —les dijo la veterana a Góldork y a Bédar cuando las dos alumnas nuevas se marcharon, cuchicheando. El aprendiz se acercó y depositó todos los libros que llevaba en los brazos sobre el mostrador. Luego, Bédar puso encima de aquellos los otros tres que él se había encargado de buscar. Entonces la veterana, comenzando a apuntar las firmas de cada tomo en un papiro, miró a Góldork muy severa.

—Los aprendices solo podéis llevaros hasta ocho libros —informó—. Llevas nueve.

Su voz recordaba al traqueteo monótono de un carro y estaba envuelta en un matiz nasal, como si estuviese acatarrada. Desde luego, Bédar creyó que no la admitirían nunca en el coro de la universidad.

—¿Nueve? —se sorprendió Góldork. Los contó otra vez. Era cierto.

—Tienes que dejar uno.

—Pero, si son para el profesor Gort —insistió el joven aprendiz a la espera de que el nombre de su mentor le otorgara esa licencia.

—Entonces, que venga él a por ellos —repuso la bibliotecaria, en cambio, con un punto desafiante—. Si no se persona él mismo, debe autorizarte por escrito.

Seguramente el profesor Gort se había despistado y había apuntado un libro más del que necesitaban, pensó Béldar. Góldork volvió a revisar los títulos de los libros, reflexionando sobre cuál sería apropiado descartar, sin embargo, en ese momento miró a Béldar y tuvo una idea.

—¿Puedo llevarme ocho y mi compañero el que sobra? —le propuso a la veterana. Esta desvió su mirada hacia Béldar, analizándolo como si fuera una criatura peligrosa llegada de otro mundo.

—Él no es aprendiz —determinó, escéptica. Eso era bastante obvio: hasta los aprendices llevaban túnica, pero Béldar ni siquiera tenía dinero para comprarse una.

—Es el nuevo mozo del catedrático Gort. Entró a trabajar en el torreón hace una semana —mintió Góldork. Y Béldar no se opuso. Tal vez eso haría confiar más a esa bibliotecaria, que era dura como las cortezas del queso curado. Ella, por su parte, seguía analizándolo. No se fiaba.

—No hay ninguna norma que prohíba a los mozos sacar libros, ¿verdad? —continuó Góldork. Si se lo proponía, podía llegar a ser insoportablemente puntilloso, y la bibliotecaria, no demasiado contenta, se sorprendió al comprobar que el aprendiz conocía esa norma.

—Eh... Bueno... —titubeó.

—Pueden sacar hasta cuatro libros, ¿a que sí, Parka?

Eso último lo dijo Tess, el bibliotecario más joven de todos, y lo dijo con aire desenfadado, tratando de ayudar, demostrando que ejercía bien su oficio, que conocía bien el reglamento de la biblioteca. Pero la veterana, lejos de darle las gracias por su aportación, resopló, comenzando a henchirse de una rabia ligera. Góldork, en cambio, aprovechó la intervención del joven *elain* ratón para salirse con la suya, así que, con un gesto triunfal, repitió:

—Pueden sacar hasta cuatro libros, eso es lo que yo quería decir desde el principio.

Parka, dándose por vencida, separó el libro que sumaba nueve y lo puso delante de Béldar. Era *Folklore y costumbres de las costas de Lago Ondina*. Después de apuntar todas las firmas en el archivo, la veterana preguntó a cada uno su nombre y apellidos y, por último, les entregó la pluma para firmar.

Béldar la cogió con no mucha destreza, pues él nunca había firmado un documento. De soslayo miró la estilizada firma de Góldork, caligráfica y pulcra. Él, en cambio, no tenía ni idea de qué clase de garabato añadir a su nombre o a sus iniciales. Pero, puesto que los resoplidos de exasperación de Parka comenzaban a escucharse demasiado, se apresuró a escribir una B y una E que rodeó con una especie de espiral trazada muy rápido. Sería un milagro que esa firma le saliera igual la próxima vez que sacara un libro de la biblioteca.

—El miércoles los quiero aquí —concluyó Parka mientras guardaba los documentos—. Solo una semana y los devolvéis, ¿entendido?

Los dos jóvenes asintieron sin añadir nada más y, acto seguido, se hicieron a un lado para dejar pasar al siguiente de la cola. Góldork iba cargado con ocho libros. Béldar solo llevaba uno, y como era un chico solidario y tenía el corazón noble, en seguida se ofreció a ayudar a su compañero con la carga, sin importarle cuántas veces se hubiera burlado de él ni cuántas le había hablado con desprecio. Sin importarle siquiera cuántas veces más lo haría.

—Eso pesa mucho, Góldork. Dame la mitad.

Góldork, que no esperaba ese gesto amable, se quedó parado. A decir verdad, de él no habría salido.

—¿No te importa?

—Por supuesto que no —insistió Béldar—. Trae, anda.

Béldar intentó quitarle a Góldork la mitad de los libros que llevaba, sin embargo, así solo conseguiría que se cayeran todos al suelo, con el consecuente enfado de los bibliotecarios. Por tanto el aprendiz, que comenzaba a ponerse nervioso, dejó todos los libros sobre el mostrador y después añadió sobre ellos el que llevaba Béldar. Después los dividió en dos montones y se cargó cuatro libros, dejando para su compañero el segundo montón, que contenía cinco.

—Venga, vamos.

Ahora que se habían repartido el peso, se dirigieron hacia el portón del vestíbulo para salir de la biblioteca. Afuera los dos alguaciles continuaban estáticos, con la mirada perdida. Tal vez ni siquiera habían pestañeado una sola vez desde que los dos jóvenes entraron allí.

—¿Por dónde regresamos al torreón de Historia y Archivística? —preguntó Béldar, un poco desorientado.

—Sígueme. Acortaremos por el jardín porticado.

La hora del almuerzo todavía no había llegado a su fin. Eso era fácil de suponer porque los bancos del jardín y las escaleras de la fachada de la biblioteca aún estaban llenos de alumnos que masticaban, charlaban, estudiaban y fumaban en pipa. Aquella estampa nada tenía que ver con la imagen desoladora que Béldar se había llevado de la universidad esa misma mañana, nada más llegar, cuando todo el mundo estaba a resguardo de la terrible tormenta mágica del padre de Góldork. Además, aquella otra parte de los jardines porticados por la que decidieron regresar al torreón era especialmente bonita y estaba llena de arcos rojos.

—Espérame un momento, tengo muchísima sed —le pidió Góldork a Béldar deteniéndose junto a una fuente de piedra. Dejó en primer lugar los libros sobre un banco y luego bebió.

—Yo también voy a beber un poco —se sumó Béldar—. Tanto ajeteo me ha dejado seco.

También él apoyó sus libros sobre el banco y, cuando Góldork terminó de beber, se acercó al chorro de agua fresca que manaba de la fuente. Qué bien le supo.

—¿Sabes? —le dijo mientras se secaba la boca con la manga—. Es una suerte que los mozos podamos sacar libros, aunque solo sea de cuatro en cuatro. Así podré leer un poco en mis ratos libres.

Pero nadie le escuchaba ya, así que nadie le contestó.

—¿Góldork? —inquirió Béldar mirando a todas partes. El aprendiz había desaparecido. También los libros que habían dejado sobre el banco. Bueno, no todos. Solo quedaba *Folklore y costumbres de las costas de Lago Ondina...* ¡sumergido en el abrevadero de la fuente! Béldar lo sacó en seguida de allí, sacudiéndolo con cuidado para que no se le rompieran las páginas humedecidas cuando, de repente, notó una punta de dardo clavándose en su espalda.

—¡Ay! —gritó de dolor. Pero no era ningún dardo, sino una pluma: la misma con la que había firmado el documento de la biblioteca en el que se comprometía a cuidar de ese libro y a devolverlo a su tiempo, sin ningún desperfecto.

Aquella pluma tenía vida propia, no cabía duda. Flotaba en el aire, sacudiéndose de vez en cuando sobre Béldar, pinchándole la espalda, la cabeza, los brazos, mientras el joven mozo trataba de protegerse. Intentó

correr, pero la pluma también lo hacía. Era como si quisiera atormentarlo hasta la muerte.

—¡Alto ahí! —bramó una voz nasal y poco armoniosa. Era Parka, la bibliotecaria veterana, que llegaba acompañada por los dos alguaciles que custodiaban el portón de la biblioteca. En esos momentos ya no parecían estatuas sino basiliscos.

Béldar, al verlos llegar a todos juntos, se quedó quieto mientras se cubría la cabeza con los brazos para evitar los ataques de aquella pluma mágica que se había vuelto loca. A su alrededor, todos los alumnos lo miraban y lo señalaban con el dedo. Unos se reían, otros lo observaban con indignación.

—¿Qué le has hecho a ese libro, mozo? —le preguntó la bibliotecaria, que detuvo a la pluma iracunda con un gesto de las manos. Béldar, sintiéndose ya a salvo, dejó de cubrirse la cabeza y miró el libro que tenía en las manos. Pero Parka se lo arrancó de un tirón.

—Señora, yo no he sido —trató de excusarse—. Se le debió de caer a mi compañero. Yo solo lo saqué del abrevadero.

—Insensible, despiadado. ¡Este libro es más antiguo que yo! ¡Es una joya de nuestra biblioteca!

—Insisto en que yo no he sido, se le cayó a mi compañero.

—¡Eso me da igual, jovenzuelo! Tú firmaste el documento. Tú asumiste la responsabilidad de cuidar de él. Nadie burla a una pluma con memoria.

—¿Una pluma con memoria? —se sorprendió Béldar. Era la primera vez que escuchaba esa palabra. Ahora comprendía el funcionamiento de esas plumas: atormentaban a aquel que incumplía un trato firmado por ellas. También dedujo lo que había sucedido. “Maldito Góldork —pensó, hirviendo de rabia—. Me la ha vuelto a jugar”.

Parka sacudió con delicadeza el libro para que dejara de chorrear y, a continuación, lo tomó en sus brazos como si fuera un bebé, compadecida. Después arrojó a Béldar una mirada fría y punzante, más que la punta de la pluma, casi como una lanza de acero. Entonces frunció el ceño y sentenció:

—Béldar Estragón: desde hoy se te prohíbe volver a tocar esta maravilla literaria, te queda vedada la entrada a la biblioteca durante una luna completa y se te descontará de la paga de mozo el coste destinado a restaurar este libro.